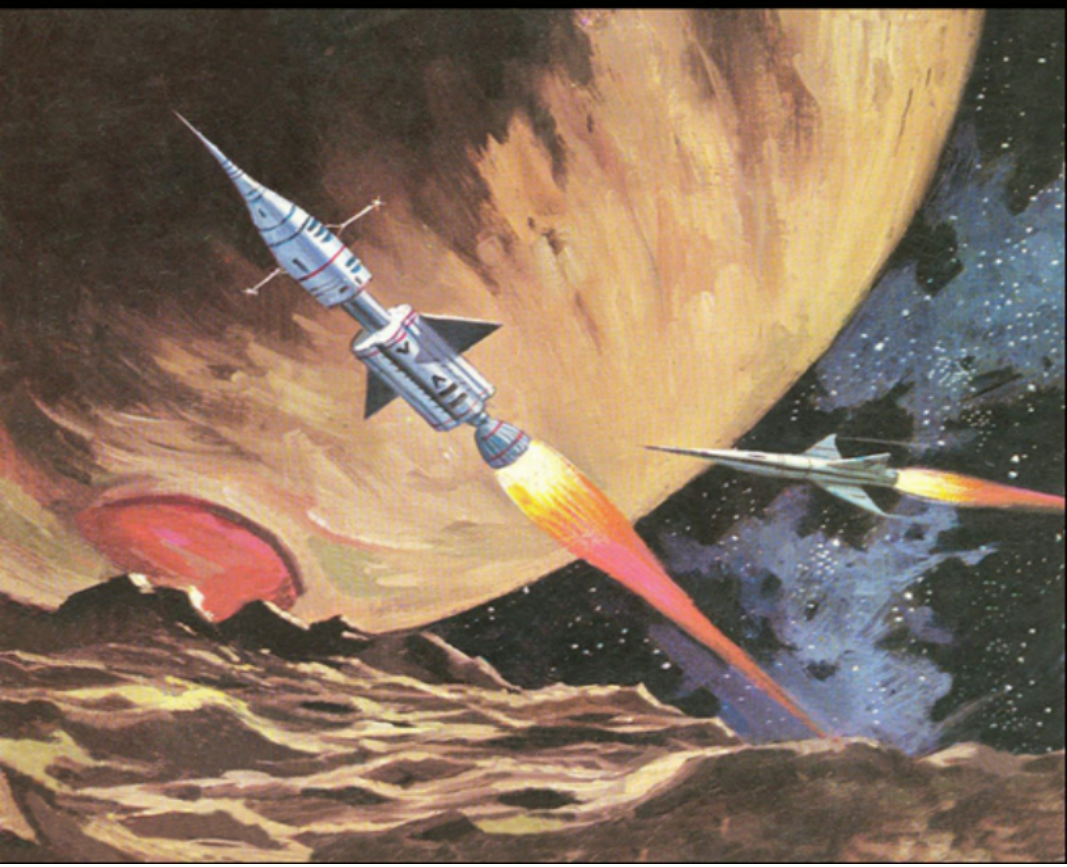
BOLSILIBROS BRUGUERA

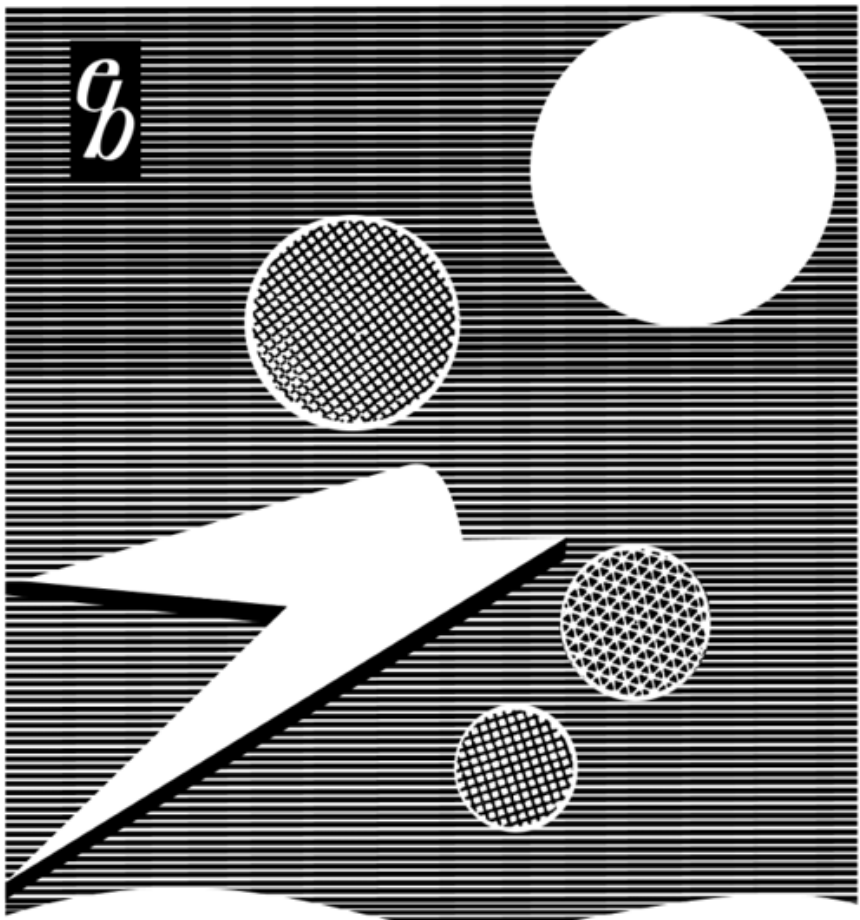
la conquista del ESPACIO

S.O.S. EN EL COSMOS

j. chandley

CIENCIA FICCION





LA CONQUISTA DEL ESPACIO

J. CHANDLEY

S. O. S. EN EL COSMOS

Colección

LA CONQUISTA DEL ESPACIO n.° 128

Publicación semanal

Aparece los VIERNES

EDITORIAL BRUGUERA, S. A.

BARCELONA - BOGOTA - BUENOS AIRES - CARACAS - MEXICO

Depósito legal: B. 49.188 – 1972

ISBN 84-0241716-7

Impreso en España - Printed in Spain

l.ª edición: enero, 1973

© J. CHANDLEY - 1973

texto

© ANTONIO BERNAL - 1973

cubierta

Concedidos derechos exclusivos a favor

de **EDITORIAL BRUGUERA, S. A**.

Mora la nueva, 2. Barcelona (España)

Impreso en los Talleres Gráficos de **Editorial Bruguera, S. A.**

Mora la Nueva, 2 — Barcelona — 1973

Todos los personajes y entidades privadas que aparecen en esta novela, así como las situaciones de la misma, son fruto exclusivamente de la imaginación del autor, por lo que cualquier semejanza con personajes, entidades o hechos pasados o actuales, será simple coincidencia.

ULTIMAS OBRAS PUBLICADAS

EN ESTA COLECCION

123. — El monstruo de las profundidades. — *Marcus*

Sidereo.

124. — Dinosaurio. *Curtis Garland.*

125. — Los hijos de Selene. — *Ralph Barby.*

126. — Asesino cósmico. — *Curtis Garland.*

127. — Rebeldes en Dangha. — *A. Thorkent.*

CAPITULO PRIMERO

La nave interplanetaria «Celes» surcaba el espacio sideral.

—¡Capitán! Termino de captar señales de socorro.

El aludido comprobó que, en efecto, se volvían a producir aquellas llamadas angustiosas, como otras tantas veces había ocurrido.

La computadora de navegación le dio el rumbo y distancia de donde emitían aquellas señales y, sin dudarlo un momento, maniobró en la astronave y partió, raudo, hacia aquel punto.

—A ver si en esta ocasión tenemos suerte —comentó Walter a su copiloto.

—Lo pongo en duda, capitán.

—Pero en alguna ocasión cometerán un fallo, y los descubriremos.

—No sé, no sé...

—Deja tu pesimismo a un lado, Jerry. Esto no puede durar siempre.

—¿Qué me dice de las otras tripulaciones que lo han intentado?

—Bien, de acuerdo. No se han de salir siempre con la suya, y nosotros trataremos de que esto sea una realidad.

Y tras sus palabras, comprobó el panel de indicadores de mando, para decir a continuación:

—Voy a imprimir más velocidad. Tenemos que saber, de una vez, las causas de la desaparición de esas naves interespaciales.

—Siempre nos ha de tocar la peor a nosotros, capitán. Mejor

dicho, a mí. ¡Ahora que casi ya tenía convencida a Lucy...!

—¡Ah! ¿La morena aquélla?

—No, ésa pasó al archivo. La mandé a paseo.

—¿Por qué?

—Se empeñaba en llamarme Joe, y la muy... fresca... ¿sabe por qué lo hacía?

—Lo ignoro.

—Más tarde me enteré de que iba con dos más, a los que también les llamaba de igual modo. De esta manera no había lugar a equivocaciones, mientras duraba su capricho.

—Entonces... ¿Se trata de la rubia?

—¡Ni hablar...! Esa otra se empeñó en ser un dechado de virtudes y luego resultó lo contrario. ¡Menuda rubia...! Me costó sudores quitármela de encima.

—¿Así que es un nuevo amor?

—Esta Lucy es algo excepcional...: Delicada, femenina, una verdadera maravilla, capitán.

—¿Y hasta cuándo va a durar?

—¡Ah, no! Esta es definitiva. Ya lo verá.

—Eso has dicho siempre.

—No, no; esta vez va muy en serio.

El capitán esbozó una sonrisa incrédula.

Walter River se ganaba la confianza de sus hombres por su comprensión y humanidad. Esto hacía que le eligieran como su confidente y él trataba de seguirles la corriente o bien de aconsejarles.

La conversación sobre ese tema no dio lugar a extenderse más, puesto que, en aquel momento, Charles Leig, el observador, indicó:

—Capitán, treinta grados estribor se registra la presencia de dos naves.

—Gracias, Charles. Enfilamos hacia allá.

Rectificó el rumbo y, sin perder velocidad, iban como una flecha hacia el punto señalado.

En efecto, las dos naves se captaban con más claridad, a tiempo que se las veía maniobrar y, de vez en cuando, unos destellos alternativos en los cascos de las mismas.

—Están cambiando, capitán.

—Ya lo veo, ya lo veo... Trata de establecer contacto. Que se identifiquen...

Charles iba a hacer lo que le indicó su capitán, pero una de aquellas naves quedó desintegrada en el espacio infinito.

—¡Càspita...! Hemos llegado tarde — exclamó, apesadumbrado, el capitán, y prosiguió:

»Pero hemos adelantado algo. Ahí tenemos la que nos puede conducir a descifrar el enigma.

—O la que nos mande al cuerno.

—Jerry, si no fuera porque te conozco, te dejaba en tierra para siempre. ¡Cuidado que eres cenizo...!

—Es que...

—Déjate de tonterías. Seguro que si se tratara de alguna chica...

—¡Ah, es que están tan ricas, capitán...!

—Pues te lo imaginas, y por ella...

—Sí, sí... ¡Como si esto fuera fácil...!

Mientras tanto, se fueron acercando a la nave desconocida.

El capitán Walter River, indicó a Charles:

—Solicita identificación.

Charles, al cabo de un rato, manifestó:

—Nada contestan, ni con el código interplanetario.

—No insistas. Ya se han dado cuenta de nuestra presencia.

En efecto, la nave misteriosa daba un giro para tomar una trayectoria elíptica y adquirir una posición ventajosa, sin duda, para

iniciar el ataque.

Al capitán no le pasó desapercibida la maniobra, por lo que situó su nave de forma que contrarrestara toda acción posible, que redundara en perjuicio de ellos.

La cosa estaba clara.

Quienes fueren, trataban de aniquilarlos, puesto que ya hacía rato que esperaban hallarse en una situación ventajosa.

Pero la pericia del capitán, les ganó la mano.

En una fracción de segundo en que tuvo a la nave misteriosa enfocada, disparó sus elementos ofensivos y unos destellos aparecieron en la nave oponente.

Por un momento, comenzó a dar tumbos, pero luego, recuperada la estabilidad, huyó precipitadamente.

Walter comentó jocosamente, dirigiéndose a su copiloto:

—Jerry, me da la impresión de que a «esa chica» no le has gustado ni pizca. Mira cómo se aleja... Y todo es por la cara de susto que pones.

—¿Yo...?

—Sí, tú... Anima ese rostro, hombre.

—Es que las chicas no me dan miedo. Pero eso que va ahí delante...

—Ya me contestarás, cuando te pesque una definitivamente.

—Eso todavía no lo sé. De lo único que estoy enterado es de lo que vuela por ahí, y no son besos precisamente lo que reparte.

—Aún no lo sabes.

—Bueno, por lo que he visto..., ya lo imagino.

La distancia que mantenían en un principio con la nave que huía, se fue acortando.

Walter frenó la «Celes».

—¿Por qué no le damos alcance, capitán?

—Quiero averiguar su punto de partida.

—Puede que la hayamos averiado.

—Quizá, pero también puede constituir una celada.

—¿Quiere decir?

—Todo podría ser. Lo que sea, no tardaremos en saberlo.

La nave misteriosa cambió de trayectoria dos o tres veces.

Walter mantenía la distancia y la seguía adonde fuera.

—Está claro que pretende despistarnos.

—Pudiera ser, Jerry. Ya hemos dejado nuestro Sistema Solar, y nos introducimos en la galaxia «Frátera». A algún sitio se dirigirán, y quizá lo que traten de impedir es el que podamos averiguarlo.

Walter no iba desencaminado en sus palabras. Por el momento, les estaban entreteniendo, lo que confirmaba también lo dicho por Jerry.

Ya cansado de ir de aquí para allá tras la nave perseguida, al capitán se le ocurrió:

—Vamos a dejar que se alejen, manteniéndolos controlados con nuestro sistema de rastreo a distancia. Entonces quizá se confíen, y nos lleven adonde nos interesa.

—Sí, creo que será lo más indicado.

—¡Hombre! Por una vez, estamos de acuerdo.

—No, es que estoy viendo que envejecemos vagando por el espacio, y mi Lucy se va a marchitar o se irá con otro.

—¡Ah, ya decía yo...! Tú siempre en órbita alrededor de féminas.

La nave en cuestión se fue alejando, y únicamente sabían de su presencia por los aparatos supersensibles que llevaban a bordo, lo que les permitía seguir fielmente la trayectoria de la nave misteriosa.

Su táctica dio el resultado apetecido.

En los registros se denunciaba la presencia de una masa ingente hacia la que se dirigía la nave.

Walter River advirtió:

—Tomad buena nota de ello, y todos preparados ante posibles

emergencias.

Charles, en aquellos momentos, anunció:

—Capitán, la nave ha confluido con esa masa.

—Redobla tu vigilancia. No vaya a ser que pase de largo, y quedemos burlados.

Pasados unos minutos, confirmó Charles:

—Estoy seguro, capitán. Han aterrizado.

—Bien, pues vamos allá.

A medida que se acercaban, aquella masa se iba definiendo con más intensidad.

Ya no les quedaba duda de que se trataba de un planeta.

La velocidad de crucero que llevaba la nave que ocupaban, se fue acentuando, seguramente por hallarse bajo el campo de atracción de aquel planeta.

Walter frenó la nave que capitaneaba.

Advirtió:

—Vamos a aproximarnos más para poder observar.

A simple vista, ya podían apreciar que se trataba de una superficie altamente escarpada, sin que existiera una pequeña llanura dónde posarse.

Walter preguntó a Charles:

—¿Detectas la astronave?

—Ni rastro de ella, capitán.

—Sí que es raro... ¿Estás seguro de que ha rendido viaje aquí?

—Así es, señor.

—Pues tenemos que encontrarla. No puede haberse esfumado tan alegremente.

—Mire, capitán. Ahí hay un claro.

Walter fijó la atención hacia donde le indicaba Jerry.

En efecto, en medio de aquellas escarpadas montañas, había una superficie circular, que rompía la orografía dominante.

Se situaron encima de aquel círculo, y descendieron un poco más.

Aquello tenía la forma de una especie de chimenea gigantesca y, absortos como estaban en su contemplación, apenas si pudieron darse cuenta de que su astronave iba perdiendo altura de una forma imperceptible.

Al reparar en ello, Walter accionó los cohetes de elevación.

Demasiado tarde. La nave que ocupaban seguía en su descenso.

Jerry, al ver la cara de preocupación que ponía Walter, le preguntó:

—¿Pasa algo, capitán?

—Sólo que me da la impresión de que tendrás que aplazar tu visita a Lucy.

—¿No me diga...? ¿Qué ocurre?

—Los cohetes de elevación no responden, y vamos perdiendo altura.

—En ese caso, me parece que tiene razón. Tendré que esperar un poco.

Ya estaban inmersos en aquella gran chimenea, y a su alrededor únicamente podían ver pared.

La alarma cundió entre la tripulación.

Walter tuvo que decirles:

—Permaneced tranquilos, y que nadie abandone su puesto.

La verdad es que el capitán también estaba preocupado, y más por su tripulación que por él mismo.

Era consciente de su responsabilidad, por la confianza que habían depositado en él, al confiarle sus vidas.

Inesperadamente, la astronave «Celes» quedó en la más completa oscuridad, como sumidos en las profundidades de aguas negras.

Walter, sin perder la calma, ordenó:

—Conectad los reflectores.

De nuevo gozaban de visibilidad, pero a su alrededor únicamente veían aquellas paredes circulares y su nave descendiendo suavemente, como dirigida por una mano invisible, que le impedía cualquier roce con los muros que la circundaban.

Posteriormente, Walter comentó:

—Nos hemos detenido. La «Celes» se ha posado sobre algo.

Observaron a través de las escotillas inferiores, y, en efecto, estaban situados sobre una plataforma, y encima de sus cabezas, fuera de la nave, la más tenebrosa de las tinieblas.

A poco, notaron que el descenso continuaba y, pasado un límite, las paredes se iban ensanchando y la claridad aumentaba, sin que les hicieran falta los reflectores.

—Desconectad los focos. Hay que ahorrar energía, por lo que pueda pasar.

Indicó Walter, pensando que, ante la posibilidad de una eventual evasión, les convenía mantener a la «Celes» en su máximo rendimiento de carga.

El espacio que había a su alrededor ya era enorme, y les faltaba poco para llegar al suelo, posados en aquella plataforma.

Por fin quedaron inmóviles. El descenso había terminado.

Miraron a su alrededor, y por allí no había vestigios de presencia humana. Únicamente aquella gran sala tallada en la roca e iluminada no sabían desde dónde, como si las paredes fueran fosforescentes.

—¿Qué hacemos ahora, capitán?

—Pues presumo que no nos queda otra alternativa más que esperar.

Y la espera no fue muy larga.

De las paredes se abrieron unas trampillas, y de ellas emergieron unos brazos mecánicos, con una especie de ventosas monumentales.

Estos brazos, cuatro en total, fueron a adherirse al casco de la «Celes», dos por cada parte, y las ventosas se acoplaron perfectamente.

A Walter no le hizo la menor gracia el cariz que estaban tomando

las cosas.

Si con aquellos brazos mecánicos destruían el casco de su nave, ya se podían despedir del único medio de fuga con que contaban.

Iba a ordenar que enfocaran los cañones destructores hacia aquellos brazos que sujetaban la astronave, cuando algo raro sucedió.

Notaron una sutil vibración, y, a continuación, una laxitud en todos sus miembros.

Walter hizo un sobrehumano esfuerzo para dirigirse a accionar el pulsador de proa.

Todo inútil. Se desplomó en el suelo de la «Celes», y aún alcanzó a ver a sus hombres en el mismo estado, antes de perder el conocimiento.

CAPITULO II

El despertar fue desconcertante. Se hallaban cómodamente instalados en una habitación, en cuyas paredes habían unos huecos circulares de dos metros de diámetro.

Dichos huecos eran opacos, y les alumbraba idéntica luz a la que habían observado donde llevaron su nave.

Walter River, a medida que se iba despejando su cabeza, se preguntaba cómo los habían metido en aquella jaula de oro, puesto que más bien parecían invitados que prisioneros.

Miró su registro de tiempo.

No le sirvió de nada, puesto que, debido a la tensión que precedió, por los acontecimientos acaecidos, no tuvo la precaución de prefijarlo.

Por su constitución atlètica, por su poder de recuperación, fue quien más pronto consiguió la lucidez.

Lo primero que hizo fue cerciorarse del estado de sus hombres, de reanimarlos.

—¡Eh, Jerry! Venga, despierta...

El aludido entreabrió los párpados, a consecuencia de los golpecitos que le daba Walter en sus mejillas.

Con expresión aletargada y voz entrecortada; preguntó:

—¿Dónde.... estoy...?

A Walter casi le dio risa, y decidió gastarle una broma :

—¿En dónde has de estar? En casa de Lucy.

El efecto fue fulminante.

Jerry abrió desmesuradamente los párpados, y preguntó, incrédulo:

—¿Qué...? ¿Dónde está?

Walter no pudo contenerse y soltó la carcajada, para luego decirle:

—¡Qué más quisieras tú, majadero! ¡Vuelve, de una vez, a la realidad.

Jerry le miró, decepcionado, y con pesadumbre manifestó, a tiempo que observaba la estancia:

—Ya..., ya recuerdo...

—Anda, despabila de una, y ayúdame a volver en sí a los demás.

Dedicó su atención a Charles y luego a Paul y Tony, los dos especialistas en mecánica. Para ellos, este paseo espacial resultaba el primero, por su envergadura.

Cuando ya estaban todos con su uso de razón, les sorprendió una voz que les decía:

—Hombres del planeta Tierra. Sois prisioneros del planeta Chenemod. El conservar vuestra existencia depende de vosotros mismos. ¿Estáis de acuerdo en someteros?

Walter River, lleno de serenidad, respondió por todos:

—Depende de lo que se nos exija a cambio.

—¿Quién eres tú para responder por los demás?

A Walter le sentó mal aquella altanería y petulante superioridad con que le hablaban, y correspondió de la misma forma, al contestar con otra pregunta:

—Y tú, ¿quién eres para interrogar?

—Yo soy Shálin, el que vela por la seguridad de Chenemod.

—Y yo, Walter River, capitán de la astronave «Celes».

—Ahora, responde, capitán. ¿Estáis de acuerdo en someteros?

—Te repito lo de antes, Shálin. Depende de lo que queráis de nosotros.

—Simplemente, vuestra colaboración.

—Poco podremos hacer cuando sólo se te oye la voz, y desconocemos en qué pueda consistir esa colaboración.

—Puedes verme ya, capitán.

En efecto, en uno de los huecos circulares apareció la imagen de un ser más bien bajo, de ojos rasgados, con unos caracteres étnicos similares a los mogólicos.

Vestía una indumentaria oscura y brillante, ancho cinto, y la cabeza y cuello cubierta por una malla también oscura.

En el pecho ostentaba unos distintivos, seguramente los propios de su rango.

—Y bien. ¿Qué pretendes?

—Que nos ayudéis a poner en funcionamiento unas naves que poseemos, algo similares a la vuestra.

Ya de por sí, aquel que se decía llamarse Shálin le resultó antipático, y esta versión aumentó, al mencionar que poseían unas naves.

Iba a preguntarle cuál era su procedencia, pero la prudencia le hizo ser cauto.

—Hasta que no veamos de qué naves se trata, no puedo darte una' afirmación.

—Hablas con sabiduría, capitán. Pero no te excedas, puesto que podría resultarte caro, para ti y para tus hombres.

—No creo que haya dicho nada extraordinario.

—Puede que sea de este modo. Pero quedas advertido. Se os llevará adonde están las astronaves, y ya me pondré en comunicación contigo para saber el resultado.

Dicho esto, aquel hueco donde apareció la imagen de aquel petulante personaje, volvió a adquirir la opacidad de un principio.

Mientras se mantuvo aquel diálogo, los hombres del capitán Walter River permanecieron en silencio. Iban a hablar en tropel, cuando Walter les contuvo:

—Que cada uno se reserve sus pensamientos. Todos quedaron extrañados ante la indicación de su capitán, pero le obedecieron, guardando silencio.

* * *

Se hizo una abertura en la pared, y apareció un hombre armado y con una indumentaria parecida a la de aquel individuo que les habló y con la diferencia de que no era tan lujosa, y ostentando solamente una insignia.

Se dirigió directamente a Walter:

—Capitán, Shálin me ha ordenado que te conduzca, acompañado de tus hombres, adonde están las naves.

—Bien. Vamos allá, muchachos.

A la salida de la estancia, les aguardaban diez hombres más, e igualmente armados.

Fueron llevados por unos complicados pasadizos, que eran bloqueados por puertas de seguridad.

Iban caminando en silencio, y únicamente se oía el tenue pisar de todos ellos, pues comprobaron que el piso era mullido como cubierto por una alfombra.

Tras vueltas y revueltas, desembocaron en un amplio espacio, también subterráneo.Walter no perdía detalle de todo, y, hasta el momento, las posibilidades de escape se presentaban muy remotas.

Pasaron a otro espacio mucho más grande que el primero, y ocupado por cuatro astronaves, cuyos tipos les resultaban familiares.

Jerry estuvo a punto de decir algo, más Walter le presionó el brazo, al tiempo que le miraba de un modo significativo.

Jerry captó lo que le quiso decir sin palabras su capitán, y se abstuvo de manifestar cualquier comentario.

Por allí pululaban unos hombres con indumentaria inferior a la que llevaban sus acompañantes, quienes, al verles, se retiraban con muestras de terror contenido.

Se detuvieron ante una astronave, y el que mandaba la escolta se dirigió a Walter:

—Capitán, en esta nave es donde tenéis que empezar vuestros trabajos.

—De acuerdo.

Se disponían a subir las escalerillas, cuando se oyó una explosión sorda, y todo aquel recinto tembló.

Las explosiones se sucedieron.

Al capitán y a sus hombres les dio la impresión de que se trataba de algún fenómeno telúrico.

Lo que sí era evidente es que los de la escolta, incluyendo a quien les mandaba, estaban muy nerviosos y a punto de correr para desaparecer cuanto antes de aquel lugar.

A Walter River le llamó la atención esta particularidad, pero, ignorando las causas de aquello, no podía llegar a conclusiones.

Una explosión más fuerte hizo que uno de los muros de aquella gran cueva se resquebrajara, haciendo aparición una grieta bastante considerable.

El que mandaba la escolta, sin poder disimular su nerviosismo, les gritó:

—¿Qué esperáis? ¡Arriba inmediatamente!

Walter estuvo, a punto de oponerse, ya que aquello significaba meterse en un callejón sin salida, aunque le quedaba la esperanza de hallar la escotilla de emergencia.

Pensó también que, si aquello se venía abajo, por lo menos, dentro de la nave contarían con más probabilidades de subsistencia.

Hizo una seña a su tripulación, que fue ascendiendo por la escalerilla, y en último lugar lo hizo él.

Nada más pasar la puerta de acceso, ésta se cerró automáticamente.

A través de las ventanas de observación, vieron como aquellos hombres retiraban la escalerilla y huían precipitadamente de aquel espacio.

Habían quedado completamente aislados en el recinto de aquella nave.

Seguían notando las sacudidas, a consecuencia de las explosiones, que se hacían por momentos más intensas.

Walter, instintivamente, fijó su atención en aquel muro donde apareció la grieta y, con estupor, comprobó que se iba haciendo un boquete, cuyo diámetro aumentaba por momentos y con una particularidad peculiar.

Esta particularidad era que la pared granítica se iba fundiendo, como si fuera sometida a una acción calorífica de elevado número de grados.

Charles Leig también reparó en aquello:

—¡Eh, capitán! Mire ese muro...

—Ya lo he visto, Charles, ya...

—¿Qué cree que pasará ahora, capitán?

—Si fuera adivino, te aseguro que no estaríamos en esta situación.

Jerry, Paul y Tony se acercaron en aquel momento. El primero preguntó:

—¿Pasa algo?

Walter señaló hacia el boquete.

—Total, nada, que están derritiendo el muro, como si se tratara de cera.

—¡Oh, pues es verdad...!

Y los demás centraron su atención en aquel punto.

Walter recapacitó un momento sobre la situación en que se hallaban y, al cabo de un ratito, les expuso:

—Es evidente que quienes nos tienen prisioneros, por causas que todavía desconozco, han apresado estas naves. Como habéis podido comprobar, se trata de cosmonaves convencionales, y que para nosotros no tienen secretos.

—Eso iba a decir yo, nada más las vi —saltó Jerry, a lo que replicó Walter:

—Por eso que lo comprendí, te presioné el brazo para que te abstuvieras de hacer comentarios, delante de ellos. Hay que ser cautos, y no desperdiciar las posibles oportunidades de una forma inconsciente.

—¿Quiere decir, capitán, que esto...?

—Sí, pudiera constituir la oportunidad que he apuntado. Y ahora, manos a la obra. Lo primero que hay que comprobar es el funcionamiento de las defensas y ataque. Nos puede hacer falta, en cualquier momento.

Los hombres de su tripulación se pusieron en acción inmediatamente, mientras que el capitán Walter River no perdía de vista aquel boquete.

Comprobó que, paulatinamente, iba aumentando, y en el centro sólo se veía una bola de fuego y la masa pétrea derritiéndose como la lava de cualquier volcán.

Notó que la temperatura iba aumentando en aquel recinto, por lo que sospechó que algo estaría abierto en la nave.

—Charles, inspecciona las escotillas y ciérralas bien.

—Sí, capitán.

Al cabo de un rato, volvió Charles para decirle:

—Todo comprobado. Únicamente había una abierta, en la parte de babor.

—Lo sospechaba. Precisamente, el boquete está en el muro izquierdo, y recibíamos el calor de lleno.

—Sí, lo he notado muy intenso, antes de cerrar.

—Ahora, ve a ayudar a los demás.

Comprendía perfectamente la prisa y el terror de aquellos hombres de escolta por huir de aquel lugar, deduciendo, casi tenía la seguridad, que aquel fenómeno no constituía una novedad para ellos.

Sintió una cierta indignación por abandonarles a su suerte, cuando lo lógico era que se los hubiesen llevado con ellos para ponerles a salvo.

Por lo visto, en su calidad de prisioneros, no merecían ser tratados con las consideraciones debidas.

Dedicó de nuevo su atención hacia el boquete de donde manaba la roca fundida, y el tamaño había aumentado en diámetro.

Lo que no se explicaba Walter River era por qué no hacían nada para contrarrestar aquello que se estaba produciendo.

Las explosiones, por el momento, habían cesado, y únicamente quedaba ante ellos la pesadilla de aquella bola de fuego y la incógnita de lo que pudiera resultar de todo aquello.

Jerry se acercó para comunicarle:

—El sistema de defensas y ataque se halla en buenas condiciones. Únicamente el potencial eléctrico está a media carga.

—Por ahora, esto nos basta, y nos permitirá hacer frente a cualquier eventualidad.

—Sí, por el momento...

—Diles a los muchachos que permanezcan alerta para actuar en cuanto les dé la orden.

—Sí, capitán.

CAPITULO III

De pronto, aquella bola ígnea se fue extinguiendo.

Se iba perfilando, paulatinamente, un gran túnel.

Por el momento, la situación seguía sin que se produjera otra novedad, aunque la tensión de los hombres de la tripulación «Celes» estaba a flor de piel.

Permanecían a la espera de que se produjeran acontecimientos, y éstos no tardaron en llegar.

El interior del túnel quedó iluminado por algún reflector potente, que iba aumentando en intensidad.

Era evidente que aquella fuente lumínica iba avanzando.

A poco, se hizo la oscuridad más absoluta en el túnel, y unos tubos móviles emergieron de aquella perforación. Al estar en el exterior, se movieron en todas las direcciones.

Esos tubos iban provistos de unas cabezas prismáticas, con sus caras brillantes.

Walter dedujo que se trataría de una especie de periscopio, para permitirles descubrir lo que había más allá de donde estaban quienes lo utilizaban.

Jerry dijo:

—Capitán, mire esos brazos. ¿Los destruimos?

—Calma, Jerry. Primero tenemos que saber sus intenciones, y luego proceder según se desarrollen los acontecimientos.

—Es que están explorando el recinto.

—Ya lo sé, Charles. Pero me mantengo en lo que he dicho antes. Que actúen ellos primero.

—Sí, capitán.

Pareció que la observación llevada a cabo por aquel medio óptico, les resultó satisfactoria, puesto que ya se definía, dentro del túnel, algo que iba avanzando.

Por fin, se hizo visible en el exterior.

Se trataba de una máquina, con la forma de un torpedo gigante, y que se adaptaba perfectamente a la abertura.

Carecía de medios convencionales de locomoción, o por lo menos, no quedaban al descubierto, y hacía el efecto de que su avance era similar al de un reptil.

Todo esto lo iban observando, en el más absoluto de los silencios, los hombres de la tripulación del «Celes», confinados en aquella astronave.

Una vez por completo al descubierto, de aquel artefacto se abrió una trampilla y un cañón apareció, apuntando hacia la primera astronave aparcada en aquel recinto, en relación a la proximidad de aquellos misteriosos visitantes.

Sonó un estampido, y aquello que momentos antes constituía un alarde de ingeniería, quedó reducido a un montón de hierros retorcidos.

El torpedo gigante maniobró para encararse con la segunda nave, que corrió la misma suerte que la primera.

Ya no cabía la menor duda de las intenciones de aquellos visitantes.

Sus elementos destructivos eran de un potencial insospechado y muy peculiar, puesto que la explosión se efectuaba en el interior de la nave, sin que saliera despedido un solo fragmento de ésta, quedando su estructura externa toda retorcida.

Le tocó el turno a la tercera...

Después de ella, únicamente quedaría la que ellos forzosamente estaban ocupando.

La alarma cundió entre los hombres del capitán Walter River.

—Capitán, nos van a fulminar —manifestó Jerry.

—Estamos atrapados —dijo Charles, con desaliento.

—Este es mi último viaje espacial —comentó, apesadumbrado, Paul.

—Y el mío —corroboró Tony.

Walter les dejó decir para luego reprimirles:

—Parecéis plañideras de vuestro propio entierro. Apuntar bien hacia ese artefacto y, en cuanto tome posición para destruir la nave que ocupamos, al momento que lo ordene, presionad los disparadores, de forma simultánea.

Sus hombres quedaron en silencio y un tanto avergonzados, por exteriorizar su debilidad y poner en duda la eficacia del hombre que

les capitaneaba.

Mientras, la tercera nave quedaba tan inservible como las dos anteriores.

Aquella máquina destructora ya se ponía en movimiento para adoptar una posición favorable, y terminar de una vez con su cometido.

El capitán advirtió:

—Preparados todos a mi señal...

Intuyó que, cuando se inmovilizaran, se dispondrían a destruir la nave de la que eran inquilinos forzosos.

Debía actuar inmediatamente, puesto que, al menor descuido, podían quedar eliminados.

Así pues, dio la orden de:

—¡Ya...!

Todos pusieron en acción las armas de que disponían, y el recinto se llenó de explosiones.

El torpedo gigante rebotó varias veces e inició la retirada, pasados ya los primeros momentos de sorpresa.

La tripulación y el mismo capitán Walter River no le concedían tregua a aquel artefacto que retrocedía hacia el túnel por donde había hecho su aparición.

Por un momento, al capitán Walter le dio la impresión de que sus hombres habían logrado alcanzarlo en algún punto vital, puesto que el torpedo gigante se detuvo.

Pero a poco se puso en movimiento, aunque con más lentitud. Era evidente que estaba «tocado», pero no lo suficiente.

Ya estaba a punto de desaparecer por el túnel, cuando les soltó una andanada.

La nave que ocupaban se conmovió toda de forma tan intensa, que rodaron por el suelo.

Walter, cuando se recuperó, miró a sus hombres, que empezaban a dar señales de vida.

Experimentó un gran alivio al comprobar que no les había pasado nada. No obstante, se interesó por ellos:

—¡Eh, muchachos! ¿Estáis todos bien?

—No lo sé, capitán.

Contestó Jerry, compungido.

—¿Qué te pasa? —inquirió Walter.

—Pues que he intentado dos veces levantarme, y las dos me he caído hacia la izquierda.

Walter no supo si ponerse a reír o reconvenirle por el susto que le había dado, al imaginar que pudiera estar herido.

Lo tomó por la parte cómica y le apostrofó:

—¡Pedazo de alcornoque...! Si despiertas de una, observarás que la nave está escorada precisamente hacia la izquierda.

Jerry pareció caer en este detalle, y comentó:

—Anda, pues es verdad... Imaginaba que me habían escamoteado una pata.

—Aunque así fuera, no debías preocuparte, Jerry. Todavía podías contar con las tres restantes.

—No te metas conmigo, Charles, que te doy una coz en tu propio hocico.

—¡Anda ya...! No rebuznes, Jerry, que si te oyen esos del torpedo, te «chatarrean» en un abrir y cerrar de ojos.

Todos rieron las ocurrencias del uno y del otro.

Walter, manteniendo el equilibrio como pudo, se dirigió hacia uno de los costados de la astronave para poder observar el exterior.

Allí no quedaba rastro de aquel torpedo gigante; y había algo más.

El túnel había desaparecido, estaba taponado, como si no hubiera existido.

De no tener la evidencia de aquellas naves destruidas y averiada la que ellos mismos ocupaban, habría podido calificarse de un sueño fantástico, cuanto presenciaron.

Walter River probó de abrir una escotilla, logrando su propósito.

Observó la altura, y dijo a su tripulación:

—Escuchad todos. Vamos a salir de aquí, ayudándonos unos a los otros. Por lo menos, en caso de un nuevo ataque, que no nos pillen enjaulados.

Luego, se dirigió concretamente a Jerry:

—Busca por ahí algo que nos pueda servir de cuerda. Aunque no hay mucha altura, sí la suficiente para lastimarse un tobillo o una pierna.

A poco, Jerry volvió con un tubo flexible, de bastante longitud, y que contenía en su interior una maraña de cables de pequeño diámetro.

—Esto es lo que he encontrado, capitán.

—Es suficiente.

Afianzó Walter un extremo en la nave y el otro lo fue deslizando por la escotilla, comprobando, más tarde, que casi llegaba al suelo.

—Anda, Tony, tú el primero.

Le ayudaron a salir por la escotilla, y después el muchacho se agarró a aquel tubo y, a modo de barra vertical fija, se deslizó sin dificultad alguna.

Así fueron repitiendo la operación, siendo Walter el último en abandonar aquella nave en donde les confinaron.

Charles, al momento de llegar el capitán al suelo, manifestó:

—Hemos tenido suerte. El impacto un poco más arriba, y a estas horas no lo contábamos.

Walter comprobó los destrozos ocasionados. Habían dañado el soporte de sustentación de la nave en su parte izquierda.

—En efecto, tienes razón, Charles. Pero eso se lo debemos a que efectuaron el disparo desde dentro del túnel, y esta circunstancia no les permitió dar mayor elevación al ángulo de tiro, por impedírselo el mismo techo del orificio.

—¿Así, quiere decir...?

—Quiero decir, Jerry, que de no haberlos obligado a retirarse, nos hubieran hecho fosfatina.

—De todos modos, capitán, nos hemos quedado peor que antes.

—¿Por qué, Paul?

—Pues por lo menos nos cabía la esperanza de hacer funcionar la nave, y contar con una posibilidad de evasión.

—Pudiera ser, Paul. De todos modos, yo creo, que ha redundado más bien en nuestro beneficio que en perjuicio.

—¿Por qué razón, capitán?

Walter miró a Jerry, y luego a los demás. Bajó mucho la voz y dijo:

—Eso os lo explicaré más tarde. Lo primero que tenemos que hacer es hallar una salida para abandonar este recinto. De producirse otro ataque, estamos completamente al descubierto, sin protección alguna.

Les parecieron muy razonables las palabras de su capitán, por lo que se encaminaron hacia el lugar por donde desaparecieron precipitadamente los hombres que les escoltaron.

Por allí no había vestigios de la existencia de cualquier puerta.

Tantearon las paredes, miraron por otras partes y con el mismo resultado.

—No se ve ninguna salida, capitán —manifestó uno de sus hombres, a lo que Walter replicó:

—Tiene que existir. Lo evidente es que los de la escolta desaparecieron, y nosotros estamos en este recinto.

—Pues las habrán bloqueado —indicó Jerry.

—Pudiera ser...

Se quedó meditando y, al cabo de un ratito, manifestó a sus hombres:

—Venid conmigo.

Walter River se dirigió de nuevo hacia donde salieron los de la escolta, tanteando con los pies el suelo y, con las manos, las paredes.

El resultado fue nulo. Aquel muro permanecía invariable, ni vestigios de ranura alguna.

Entonces se le ocurrió:

—Colocaros a mi lado, codo con codo.

Así lo hicieron, y les habló de nuevo:

—Ahora vamos, avanzando, pie a pie, hacia el muro.

Walter inició aquella marcha extraña; primero, el pie derecho en una posición que el talón quedara a la altura de la puntera del izquierdo; después, repitió la misma operación, pero con el izquierdo.

A Jerry y a los demás les entró risa por lo que estaban haciendo, ya que imaginaban el estar entregados a un juego, que les volvía a la infancia.

Cuando habían avanzado unos cuantos pies, se convencieron de que su capitán había estado acertado en aquello que calificaron de pueril.

En el muro se hizo una abertura, que dejaba al descubierto un largo pasadizo.

—Ahora, permaneced en esta posición y, a intervalos, id dando un paso atrás. Empiezo yo.

Los demás no sabían el porqué de aquello, pero cuando le llegó el turno a Paul, que era el último de la fila, el muro volvió a cerrarse a los pocos segundos.

Entonces Walter manifestó:

—Creo que hemos dado con el sistema de abertura. Si no me equivoco, existe una zona sensibilizada, que actúa sobre el mecanismo. Charles, tú que estás al medio, da un paso hacia el muro.

Charles obedeció, y la puerta se volvió a abrir.

—Ahora, de la posición en que estás, mide los pasos que te separan del muro.

Hizo lo que le indicó su capitán, y contó hasta tres.

—De acuerdo. Retrocede.

Volvió a la posición que ocupaba en principio, y nuevamente la

puerta se cerró.

Walter fue quien probó ahora y, al traspasar el límite comprendido en los tres pasos, volvió , a quedar al descubierto aquel pasadizo.

Entonces recordó que Paul se había adelantado un poco más a la fila que formaron todos, por lo que el secreto de abertura quedó claro, y así se lo dijo a sus hombres:

—Si en lo sucesivo nos encontramos con el mismo caso, y no damos con el sistema, operaremos a la inversa. Es decir, situarnos contra el muro y separarnos tres pasos.

En efecto, él mismo efectuó la prueba, salvando el límite, para luego situarse junto a la pared. Midió los tres pasos, y puerta abierta.

Les recomendó:

—Tened presente esto que os he dicho. Y ahora, adelante. Salgamos de aquí.

Se introdujeron por aquel pasadizo de mullido suelo, y dieron con la habitación donde estuvieron confinados en principio, cuando volvieron en sí.

No se detuvieron; siguieron adelante. Al cabo de un rato, desembocaron en una sala circular, en la que había cuatro escaleras, que ascendían a un piso.

Walter exteriorizó sus pensamientos:

—Es raro que no hayamos encontrado a nadie, que esté todo esto completamente desguarnecido...

—Si viene bien, los han liquidado a todos, capitán.

Manifestó Jerry, pensativo.

—Cabe esa posibilidad, pero tenemos que averiguarlo, y lo más importante de todo es encontrar nuestra astronave «Celes».

Walter decidió ascender por la escalera que tenían más próxima y, al llegar al piso, desde un pasillo, llegaba hasta ellos el rumor de turbulentas aguas.

Se dirigieron hacia allí, y se encontraron con una galería encristalada que daba a una sima, y por cuya profundidad discurría un tumultuoso río subterráneo.

—Capitán, mire a la otra parte.

Walter dirigió su vista hacia donde le indicaba Paul.

Quedó impresionado. Allí habían unos cuantos seres humanos, mujeres y hombres vestidos de cualquier manera, y que agitaban los brazos en demanda de algo.

—¿Quiénes serán, capitán? —preguntó Jerry.

—¡Hum...! La verdad es que no lo sé, pero me da la impresión de que, por el aspecto que presentan, se trata de prisioneros de esta gente.

A la izquierda de la galería había un pasillo que desembocaba a un puente levadizo que, naturalmente, estaba retirado.

Inmediatamente, Walter pensó en liberar a aquellos seres que parecían desesperados, y se dirigió hacia el pasillo, con la intención de accionar el puente.

Pero ya iba a entrar en el pasillo, cuando una voz, que reconoció pertenecía a Shálin, le advirtió:

—Yo no haría eso, capitán. Mira lo que te espera, si das un paso más.

Se oyó un chasquido, y varias lanzas se entrecruzaron en aquel espacio que le separaba de donde estaba el puente levadizo.

Walter y sus hombres se espeluznaron ante tal malévolo ingenio, e imaginaron el modo en que quedaría ensartado quien se hallara en aquel espacio.

—Como comprobarás, no vale la pena preocuparse por unos prisioneros que no tienen más que su me recido. Y ahora, retroceded a vuestro alojamiento —les ordenó Shálin, con voz desagradable.

Walter no tenía intención de obedecerle, pero, ante la presencia súbita de unos quince hombres armados no tuvieron más remedio que doblegarse a lo ordenado.

CAPITULO IV

Un oficial se presentó en el alojamiento de la tripulación de la «Celes».

—Capitán Walter River, Shálin espera que comparezcas ante su presencia.

El aludido se levantó y siguió al oficial, comprobando, al salir, que habían dos hombres más, y se dispusieron a caminar tras ellos; naturalmente, iban armados.

Unos cuantos hombres estaban montando guardia en una estancia en la que, al fondo, había una puerta acorazada.

El oficial manipuló un colgante que llevaba sobre el pecho, y la puerta se abrió.

Con una seña, le indicó a Walter que pasara, quedando los dos hombres y el oficial en aquella estancia que constituía la salvaguarda de Shálin.

Nada más estar ante su presencia, le recriminó de una forma áspera:

—Si lograste hacer huir al enemigo, ¿por qué no entraste en acción antes, y hubieras salvado las astronaves?

A Walter le molestó aquel tono que empleaba el personaje, y le contestó de la misma forma:

—Nuestros principios nos impiden defendernos sin ser atacados, y la verdad es que desconocemos quién pueda ser, en realidad, el enemigo.

—Por tu estupidez, hemos perdido cuatro naves que nos ha costado mucho conseguir, y con las cuales contaba para la liberación de mi pueblo.

—Más bien creo que la estupidez ha partida de vuestra parte. Sin miramientos, nos abandonasteis a nuestra suerte, y lo único que hemos hecho es defender nuestras propias vidas, no a quienes nos tienen prisioneros.

Shálin comprendió que había ido demasiado lejos, al dejarse llevar por el furor que le produjo la pérdida de aquellas naves, y el despecho, al mismo tiempo, de que aquellos hombres se hubieran bastado para defenderse.

—Perdona, capitán... Todavía estoy bajo la influencia del desastre. De todos modos, gracias por vuestro comportamiento, puesto que, de lo contrario, las consecuencias hubieran sido de mayor envergadura.

Walter calmó también un poco sus nervios. No obstante, preguntó:

—Supongo que no me habrás llamado para darme las gracias.

Shálin se quedó un poco desconcertado ante la intuición de su interlocutor, pero pronto reaccionó, a contestar con naturalidad:

—En parte, sí; por otra, exponerte la situación.

Walter River se dijo que aquello ya estaba mejor, que por fin sabría en qué posición se hallaban, y qué papel les asignaban en todo ello.

—Te escucho.

—Nuestro pueblo está dominado por unos usurpadores. Yo, junto con un puñado de hombres, y hasta la actualidad, hemos huido de sus garras. Nuestro propósito es recuperar la libertad de nuestros habitantes,

—Y para ello, ¿contabas con la utilización de esas naves que han destruido?

—Naturalmente. En un principio disponíamos de tres astronaves, y pudimos establecer un cierto control sobre las actividades de nuestros enemigos. Más tarde, en contactos mantenidos con ellos, nos destruyeron dos, y aunque hemos tratado de multiplicar las acciones, nos resulta de todo punto imposible el ejercitar un dominio en el espacio, con una sola.

—¿Y cómo conseguisteis esas cuatro naves?

—Efectuando incursiones por otras galaxias, y apresándolas.

—Esto constituye una violación de la libertad espacial, lo que nosotros denominamos actos de piratería,

—No importa el calificativo que podáis darle, cuando los fines están encaminados hacia una noble causa.

Walter le iba a refutar su teoría, pero, comprendiendo que se iban a enzarzar en una polémica moralista, optó por pasar por alto aquellas

palabras.

Por otra parte, sus propósitos eran averiguar cuantas más cosas mejor y, con ello, determinar el camino a seguir con un margen de probabilidades.

Shálin continuó:

—Intentamos tripular una de las naves apresadas, pero, por ignorar sus mecanismos, se perdió en el espacio cósmico junto con la tripulación, y, naturalmente, no iba a exponerme a que se repitiera el caso. Por eso quería vuestra colaboración.

Interiormente, sin saber por qué, se alegró de que los planes de aquel hombre se hubieran desbaratado.

De todos modos, el capitán se consideró obligado a manifestar:

—Siento lo ocurrido.

—Más lo siento yo. Ahora no me queda otro recurso que utilizar la nave vuestra.

A Walter no le extrañó la determinación de Shálin, es más, la esperaba, y por ello se alegró de que aquellas naves fueran inutilizadas, ya que, de este modo, se les presentaba una oportunidad, que podría ser decisiva.

Era precisamente a lo que se refería, cuando Paul se lamentó de que, con las naves destruidas, se habían quedado sin ninguna posibilidad.

—Estoy convencido, capitán, de que tu ayuda nos resultará muy valiosa. Has demostrado estar capacitado para resolver una situación, por adversa que sea.

Presintió Walter que aquellas palabras constituían el prólogo de una petición.

No se equivocó en su suposición.

—La nave nuestra y la vuestra operarán conjuntamente. Contigo irán varios de mis hombres, para que les enseñéis el manejo, ante la posibilidad de efectuar un relevo de tripulación, con la finalidad de que no os resulte fatigoso un trabajo en plan intensivo.

Al capitán esto no le hizo ni pizca de gracia, puesto que presentía que, si aleccionaban a aquellos hombres, lo más probable sería que a

ellos los dejaran en tierra.

Era evidente que Shálin no se fiaba de ellos, al igual que Walter-tampoco se dejaba convencer por el proceder de aquel hombre.

Se le presentaba una papeleta difícil de resolver.

Ante el silencio prolongado del capitán, Shálin .preguntó:

—¿Qué contestas a lo que te he dicho?

—Nada, puesto que, si lo has decidido de este modo, supongo que no me queda otra opción.

—Compruebo que eres inteligente y has comprendido. No se portaron del mismo modo los tripulantes de las otras naves, y están pagando las consecuencias de su negativa. Son los que están al otro lado del río subterráneo.

—Pero allí hay mujeres también.

—Las capturamos cuando apresamos las naves.

—Están en condiciones infrahumanas —protestó, indignado, Walter River.

Shálin le replicó, airado:

—Quien no está con nuestra causa, está en contra, y todo aquel que se oponga, pierde cualquier consideración. Algunos han accedido a colaborar con nosotros, y han sido libertados.

Iba a replicarle para exponer su disconformidad ante aquellos métodos, cuando la presencia de una doncella le dejó sin poder articular palabra.

Se trataba de una muchacha de facciones bellísimas, de grandes ojos negros; del mismo color eran sus cabellos que, abundantes, cubrían sus hombros y parte de su espalda.

Los labios los tenía turgentes y adornados por una tenue sonrisa. Era esbelta, y llevaba una especie de túnica ceñida por un ancho cinturón color oro, que realzaba su bien formado busto y la curva de sus caderas.

Andaba de una forma alada, con suma gracia femenina, y, a cada paso, la túnica se entreabría dejando al descubierto, alternativamente, sus esculturales piernas.

A Walter le dio la impresión de que se hallaba ante la reencarnación de una de aquellas vestales que rendían culto a sus dioses paganos, en los templos griegos o romanos.

La joven, con una voz plagada de inflexiones muy armoniosas, manifestó:

—Shálin, aquí tienes lo que has solicitado.

—Está bien, Tahala. Puedes retirarte.

Por un momento, las miradas de la joven y del capitán se encontraron, mostrando ella cierta extrañeza por la admiración que demostraba el hombre.

Con la misma elegancia que penetró, salió de la estancia que ocupaban los dos hombres.

Estaba Walter todavía bajo la agradable impresión de la visión de la joven, cuando la voz de Shálin le volvió a la realidad, al manifestarle:

—Compruebo que te ha impresionado Tahala, capitán.

—Sí, no lo niego. Es muy bella.

—¡Bah...! Para nosotros carece de valor. Una ex prisionera que, y eso hay que reconocerlo, ha demostrado su inteligencia al hacerse eco de nuestra causa, desempeñando a la perfección el trabajo asignado, y que lo ha conseguido por sus propios méritos.

Shálin, al tiempo que hablaba, desplegó sobre la mesa lo que le llevara la hermosa Tahala, y luego, dirigiéndose a Walter, manifestó:

—Bueno, vayamos a lo nuestro. He pedido un informe de cómo se ha desarrollado el ataque. Nuestros enemigos saben que por el espacio somos invulnerables, aunque nos hayan bombardeado sin gran daño por nuestra parte.

—¿Por qué no pueden llevar la acción por el espacio?

—Disponemos de unas defensas adecuadas, que nos hacen inexpugnables por ese lugar. Ya las irás conociendo a su tiempo.

—¿Y por eso han efectuado el ataque subterráneo?

—Exactamente. En estos mapas está reflejada la orografía del sector que nosotros ocupamos. Acércate.

Walter obedeció la indicación y, luego de dar un vistazo, comentó:

—En efecto, esto es muy abrupto, y se puede decir que, con las defensas naturales, ya tenéis más que suficiente.

—Sí, nos ayudan mucho, pero no bastan. Quiero que te fijes en esos tres círculos.

Al cabo de un ratito, luego de mirar los lugares que le indicaba, Walter preguntó:

—Y bien… ¿Qué significado tienen?

—Son los únicos tres lugares donde han podido desembarcar las máquinas perforantes.

—Pero esto queda a mucha distancia de aquí.

—No importa el tiempo que habrán empleado, lo que cuenta es que lo intentarán de nuevo, y con mayor número de máquinas para irrumpir en nuestro propio dominio.

Walter adivinó las intenciones de Shálin, pero dejó que siguiera hablando para explicar sus planes.

—Tenemos que efectuar una incursión por esos puntos y, si se descubre lo que sospecho, destruir masivamente toda posibilidad de aterrizaje.

—Esto resulta un tanto peligroso. Si desconoces los medios de defensa con que pueden contar, ¿cómo te vas a exponer a un fracaso?

—Veo que eres juicioso, capitán. Tienes razón. Trataremos de averiguarlo.

Tras decir eso, Shálin quedó pensativo para luego manifestar:

—Todavía no me has dicho si estás dispuesto a cooperar con nosotros.

—Creo haber expuesto que no nos queda otra alternativa. ¿No es eso?

Shálin esbozó una sonrisa, y manifestó, cínico:

—Me temo que estás en lo cierto… ¿Tienes tu astronave en condiciones de emprender el vuelo?

—Lo ignoro de momento. Se tendrá que efectuar una revisión a fondo para comprobar cómo responden sus mecanismos.

—Puedes disponer del tiempo que necesites, pero preciso que cuanto antes la tengas dispuesta para entrar en acción, si el caso lo requiere.

—De acuerdo.

—¡Ah...! Una advertencia. Nada de tonterías. A la menor sospecha, podría cambiar mi buena voluntad hacia vosotros, e iríais a hacer compañía a los que visteis en la otra parte del río.

—Tendré presente tu amabilidad —ironizó Walter, ante las palabras de Shálin.

—Así lo espero. Serás conducido, junto con tus hombres, adonde está vuestra nave.

—Menos mal que no se te ocurrió ponerla junto a las otras; de lo contrario, a estas horas...

—¿Lo hubieras lamentado?

—Naturalmente. ¿Quién no siente algo de apego por la máquina que le han confiado?

—Pues si sigues fiel a nuestra causa, la capitanearás por mucho tiempo.

—Eso espero, Shálin.

El aludido quedó satisfecho por la respuesta de Walter.

Pero las palabras que pronunció el capitán de la astronave «Celes», estaban muy lejos de ceñirse a la interpretación acogida por Shálin.

—Bueno, podemos dar por terminada la entrevista.

—Como gustes.

—Y repito. Poneros a trabajar cuanto antes para tenerlo todo a punto.

—Trataremos de que tus deseos sean cumplidos.

Entonces Shálin pulsó un botón, e inmediatamente la puerta acorazada se abrió.

Allí permanecían a la espera el oficial y los dos hombres que le dieron escolta.

Sin más, Walter dio media vuelta y se dirigió hacia la salida, recorriendo el camino a la inversa para reunirse con sus hombres.

CAPITULO V

A la vez que la puerta se hubo cerrado y quedaron solos, los componentes de la tripulación «Celes», rodearon, impacientes, a Walter River.

Jerry fue el primero que preguntó:

—Capitán, ¿Qué ha pasado?

El aludido, antes de contestar, escribió una nota, en la que decía:

> «Estoy seguro de que estamos vigilados. Sed prudentes, y no hagáis caso de lo que os conteste. Seguidme la corriente. De ello depende nuestra libertad. Con disimulo, ir pasándoos lo escrito.»

Luego, de viva voz, contestó a la pregunta de Jerry:

—Pues nada, chico. Ese Shálin es un gran tipo.

Jerry, que ya había leído la nota, preguntó, simulando incredulidad:

—¿Sí...?

—Como te digo. Me ha prometido seguridad plena para todos, siempre y cuando accedamos a colaborar con ellos.

—¿Y ha accedido, capitán?

—Naturalmente, Charles. En un principio, he de confesar que he tenido unas palabras fuertes con él, pero luego he entendido que persigue una finalidad, la de liberar a su pueblo, sometido a la

influencia de unos usurpadores. Concretamente, a los que tuvimos que hacer frente.

—Y siendo así... ¿Qué haremos ahora, sin naves?

Inquirió, con una tranquilidad pasmosa, Paul:

Walter se alegró mucho de aquella pregunta para poder aclararle:

—Shálin me ha autorizado para que revisemos la «Celes», y la dejemos a punto de poder utilizarla inmediatamente.

—¿Podremos volver a volar con nuestra astronave? —Preguntó, con el mayor de los entusiasmos, el joven Tony.

—Así es, muchacho; siempre y cuando consigamos hacerla funcionar normalmente, y acatemos las órdenes de Shálin.

Walter se sentía satisfecho de que sus hombres hubieran comprendido, y le secundaran en la comedia, a la perfección.

Para animar la cosa más, le dijo a Jerry:

—Por cierto, he conocido a una joven que es una verdadera divinidad.

—¿Sí...?

—Me río yo de tu adorada Lucy.

—Capitán, no me ofenda. Como Lucy no hay otra.

¡Ay... si la pudiera tener ahora a mi lado, en esta soledad, y rodeado de monstruos masculinos...!

Ante aquellas palabras despreciativas, Charles manifestó, despectivo:

—Mira tu ése, ni que fuera un ejemplar fuera de serie. ¡Será majadero, el «Adonis»!

Paul también se lanzó, simulando indignación:

—Si el jorobado de «Notre Dame» es una belleza, a tu lado...

A lo que replicó Jerry:

—¡Bah...! Todo eso es producto de la envidia por un tío hecho y derecho como yo soy, y por estar esperándole una deliciosa muchacha llamada Lucy. Entonces Tony inquirió, dubitativo:

—Capitán... ¿Es que estamos asistiendo a un gratuito concurso de belleza masculina?

Todos rieron las salidas de unos y de otros, para luego inquirir el enamoradizo Jerry:

—¿Es verdad lo que ha dicho de esa joven, capitán?

—Como lo has oído; una maravilla, fuera de serie en todos los sentidos.

—Pues ya me la presentará, capitán.

—¡Qué te crees tú eso, Jerry...! Tu corazón es un complejo espacial con muchos apartamentos, y esa criatura es algo excepcional, que se merece una estrella para ella sola.

—¡Ahí va eso, Jerry...! Ya lo has oído, eres un apartamento cualquiera, con cambios continuos de inquilina. —Le pinchó Tony, divertido.

—Tú a callar, niño.

Las bromas todavía se prolongaron mientras ingerían aquellos alimentos concentrados para reponer fuerzas.

Luego, se dispusieron a descansar en las literas que tenían al efecto.

* * *

Se encontraban ya en su astronave, a la que fueron conducidos con la correspondiente escolta.

El hallarse de nuevo en la «Celes» les infundió más optimismo, haciendo que se sintieran más cómodos, como si se hallaran en su propia casa.

Aparentemente, todo estaba igual que cuando los apresaron y los condujeron a través de aquella chimenea monumental.

No obstante, Walter, como medida preventiva, efectuó una rápida y concienzuda inspección, para cerciorarse de que no podían ser oídos ni vistos. .

Una vez hecho esto, y con resultado satisfactorio, reunió a los hombres de su tripulación.

—Tony, mientras escuchas, ten vigilada la entrada y avisa en

cuanto se acerque alguien.

—Sí, capitán.

—De darse el caso, simulad que estáis dedicados a comprobar el funcionamiento de aparatos. ¿Comprendido?

Todos asintieron.

Entonces Walter comenzó a relatarles la entrevista que mantuvo con Shálin, las exigencias de éste.

—Desde luego, nosotros revisaremos la nave, pero que quede bien entendido que será únicamente a efectos de nuestra propia utilización.

—¿Y cómo podrá zafarse a las exigencias de Shálin, capitán? —preguntó, muy serio, Jerry.

—Pues, sencillamente, dando largas al asunto; diciendo que no está a punto, que cualquier pieza se ha estropeado, y tenemos que confeccionarla... En fin, eso corre de mi cuenta.

—Pero, por fin, se dará cuenta de que le entretenemos.

—Puede que ocurra esto, Charles. Mi propósito es ganar el mayor tiempo posible para averiguar la postura de Shálin, que no veo clara.

—Lo malo será si se empeña en que adiestremos a sus hombres.

—No te quepa la menor duda de que lo hará, Jerry. Y oídme todos bien. Llegado ese momento, yo me encargaré de dar las explicaciones que nos convengan.

—Desde luego, pues, después de lo que nos ha contado, no tendría ningún inconveniente en dejarnos en tierra.

—Exactamente, Charles. Es un hecho evidente que Shálin se apoderó de las naves por procedimientos, como le dije, de piratería. Lo que demuestra que no para en medios para conseguir sus fines, y no sería nada de extrañar que nos mandara a hacer compañía a los confinados de la otra parte del río subterráneo.

—Y esos prisioneros, ¿dijo que eran tripulantes de las naves apresadas?

—Sí, Paul. Y es más, añadió que estaban en esa situación por negarse a enseñarles el manejo de sus astronaves. También me informó que algunos de los prisioneros han decidido colaborar, y están en libertad por ahí.

Quedaron todos en silencio, meditando sobre cuanto les había dicho su capitán, y del panorama que se les presentaba.

Por una parte, si daban una negativa, irían a engrosar el número de prisioneros definitivos; y por otra, si accedían, se exponían a quedarse allí sin poder utilizar, en ninguno de los dos casos, su propia nave.

Aquello constituía un callejón sin salida.

Walter intuyó los pensamientos de sus hombros.

—Sé lo que estáis pensando. No hay que desanimarse. Lo esencial es mantenernos en la «Celes», que ellos necesiten de nosotros. De ahí mi empeño en dilatar, para ellos naturalmente, la puesta a punto de nuestra nave.

Comprendían lo que intentaba su capitán. Lo que ponían en duda era que saliera airoso en sus planes.

—Mirad...

Volvió a tomar la palabra Walter, en su empeño de infundirles el optimismo:

—Shálin tiene en proyecto una incursión por distintas zonas, con la finalidad de averiguar las bases de operación de infiltraciones subterráneas de sus enemigos.

Todos prestaban su máxima atención a las palabras de su capitán, quien siguió:

—Para ello, naturalmente, ha recabado nuestra colaboración; pero yo trataré de convencerle de que necesitamos más tiempo para tener listo nuestro vehículo espacial, que la misión de reconocimiento la tienen que efectuar sin dilación...

En estos momentos, Tony avisó:

—Capitán, un oficial viene hacia aquí.

—Pues, como os he dicho, manos a la obra.

Inmediatamente, cada cual se dedicó a una ocupación, incluido el propio Walter.

El oficial penetró en la nave y preguntó por el capitán al primero que encontró.

Este fue Paul, quien le indicó:

—Siga adelante, en la cabina de mandos.

Se encaminó hacia donde le señalara, y encontró a Walter dedicado a la comprobación de los múltiples indicadores que poblaban el salpicadero.

—¿Capitán Walter River?

—Sí.

—Shálin desea saber cómo van los trabajos.

—Es prematuro todavía para darle una respuesta. Hay que tener en cuenta que la mayoría de mecanismos son de precisión y, salvo que no hayan averías, la comprobación de los mismos, ya de por sí, requiere mucho tiempo.

—Shálin desea que fijes cuánto.

—Le dices a Shálin que eso es imposible, y más, sin poder contar con los aparatos verificadores que poseemos en nuestra base del planeta Tierra.

—Así… ¿Qué le contesto?

—Simplemente, cuanto te he dicho.

—Lo haré de este modo.

El oficial dio media vuelta y se encaminó hacia la salida, para luego descender y alejarse de la «Celes».

—Capitán, se ha ido ya.

—De acuerdo, Tony. Llama a los demás, y continuaremos en lo que os estaba diciendo.

El muchacho hizo lo que Walter le indicó, y una vez reunidos:

—El primer embate creo que lo hemos soslayado, Es evidente que Shálin tiene prisa, pero nosotros, no Veremos hasta dónde podremos mantenernos.

—No creo que sea mucho.

—No seas pesimista, Jerry. Esperemos que todo nos salga bien, y puedas volver pronto al lado de tu Lucy.

—Ya quisiera estar con ella...

—¿Para qué...? Luego te aburrirás de tanta Lucy.

Le soltó Tony, burlón.

—Tú, a callar, imberbe —le contestó Jerry, malhumorado.

Walter intervino, conciliador:

—Bueno, no empecemos con discusiones.

—Es que este mocoso, capitán, me está ya cargando...

—¿No ves que todo es broma? Si se entera tu amor del genio que te gastas, te licencia antes de entrar en activo.

Terminó esa pequeña fricción, entre risas.

La verdad era que aquel confinamiento les estaba poniendo nerviosos. Ellos estaban acostumbrados a la actividad, y ésta les servía de sedante.

De nuevo, Walter tomó la palabra:

—Bien, como os decía cuando hemos sido interrumpidos, trataré de convencer a Shálin de que el reconocimiento lo tiene que efectuar en el acto, con la finalidad de poder evitar otra posible acción del enemigo.

—¿Y cree que le hará caso, capitán?

—Espero que sí. Y es más, para que se convenza de que estamos dispuestos a la colaboración, le diré que me lleve con ellos.

—¿No será un poco expuesto, capitán?

—Aunque así sea, es necesario, Charles.

—Pero fíjese, si le ocurre algo...

—En tal caso, todos vosotros estáis capacitados para tripular la «Celes», y os considero aptos para salir airosos de esta situación.

Intervino Jerry:

—Eso no me convence, capitán. Siempre hemos salido y vuelto juntos, y ahora tiene que ser igual.

—Gracias, Jerry. Estamos hablando de eventualidades. Lo

positivo es que me interesa en gran manera ir con ellos, por muchas razones.

Inquirió Charles, vivamente interesado:

—¿Podemos saberlas, capitán?

—Claro que sí. La principal de ellas es conocer el sistema que utilizan para salir de estas profundidades.

Jerry, impetuoso, manifestó:

—Eso lo podríamos averiguar nosotros.

—Sí, desde luego. Pero hasta que lo lográramos, puede pasar cierto tiempo, y a nosotros nos interesa ganarlo y, cuanto más, mejor.

—Pero si, por querer adelantar, lo perdemos todo...

Fue Paul quien se manifestó apesadumbrado:

—Apartad de vosotros nefastos pensamientos. No conduce a nada preocuparse por algo que no ha sucedido, al igual que lamentarse por lo irreparable. Hay que mirar siempre adelante, y con la esperanza de que todo saldrá bien.

—Cuanto ha dicho, está muy bien, capitán. Más lo que ha manifestado, de mirar adelante, también resulta un tanto hipotético.

—Jerry, podría rebatir tu teoría, pero no vamos a enzarzarnos en discusiones filosóficas.

—Está bien, capitán. Como guste.

—Eso está mejor...

Hizo una pausa, y Walter prosiguió:

—Resumiendo. He decidido ir con ellos para que, de este modo, por el camino más corto, saber cómo se las arreglan para salir de aquí.

—¿Y a las otras razones? —insistió Charles.

—Las otras, aunque importantes, son más bien secundarias, tales como saber sus sistemas de navegación, armamento, características de sus enemigos, etcétera, etcétera.

—Total, capitán, que quien quiere anticiparse a Shálin es usted.

—Exactamente, Jerry. Has comprendido a la perfección mis

intenciones.

—Y mientras tanto, ¿qué haremos nosotros?

—Pues dedicaros a los trabajos de comprobación, Charles. Ya os he dicho que esto tiene que quedar listo cuanto antes, y sólo para nosotros. A efectos de Shálin y su gente, surgirán dificultades hasta el momento que nos convenga o que ya no podamos aguantar.

Walter no se cansaba en insistir sobre este punto, por lo que remachó:

—Tened bien presente lo que os he dicho. Únicamente para nosotros quedará a punto. ¿Comprendido?

Asintieron todos a las palabras de su capitán.

—Pues ahora, cada uno dedicado a su trabajo, y en serio.

Y llevando a la práctica lo ordenado, cada cual se dedicó, con sus cinco sentidos, a la parte asignada a su responsabilidad.

CAPITULO VI

Walter River se dirigía a su alojamiento, solo, pues, por lo visto, Shálin les había concedido cierta libertad, al comprobar que se doblegaban a su voluntad.

Ya estaba a punto de llegar, cuando tuvo una grata sorpresa, por el camino.

En dirección opuesta caminaba la escultural Tahala, con su atuendo de vestal, como él calificó desde el momento que la vio aparecer en la estancia de Shálin.

Sus miradas se encontraron, y la joven no pudo ocultar cierta alegría, al ver de nuevo a aquel hombre.

Cuando estuvieron frente a frente, Walter saludó:

—¡Hola, Tahala!

—¡Hola, capitán River!

—¡Caramba! ¿Conoce mi apellido?

—Sé muchas cosas de ti, capitán.

Walter quedó perplejo ante la manifestación de la joven y el tratamiento que le daba. Por lo visto, en aquel planeta, Chenemod, no existían los convencionalismos.

—¿Y puede saberse lo que conoces de mí, Tahala?

—¡Ah! Pues...

Miró a su alrededor, como si temiera la presencia de alguien, y luego, cogiendo al capitán por la mano, le dijo:

—Ven... Dispongo de un poco de tiempo, y hablaremos.

Le llevó por unos pasillos, que él trató de prefijarlos, hasta que se detuvieron ante una puerta.

Ella presionó un resorte, con algo que llevaba en la mano, y la puerta se abrió, penetrando en el interior y, tras pasar el umbral, la puerta volvió a su primitiva posición.

—Este es mi alojamiento. Aquí no nos molestará nadie.

Walter dio un vistazo a su alrededor.

Aquella estancia era confortable y no exenta de cierto toque femenino, aunque la mayor gracia, el más bello de los adornos, lo constituía la propia Tahala.

—Bien... ¿Qué sabes de mí?

—Pues que te llamas Walter River, que eres capitán astronauta y, junto con tus cuatro hombres, comandas la «Celes», procedente del planeta Tierra.

—¡Vaya..j En efecto, se ciñen a la verdad tus palabras. ¿Y cómo lo has sabido?

—¡Ah...! Eso es cosa mía.

Walter sospechó que aquella muchacha sabía mucho más, pero se dijo que debía andar con cautela, no fuera que Shálin se valiera de ella para descubrir sus intenciones.

Así que esperó a que la joven llevara la iniciativa.

Ante el mutismo del capitán, Tahala prosiguió:

—También sé que habéis sido hechos prisioneros de Shálin, y que

os habéis doblegado a sus exigencias. Aunque... sospecho que todo esto no es la verdad.

A Walter le dio un vuelco el corazón, pero, naturalmente, no dejó traslucir su impresión, y se aferró más a la idea de que aquella joven podía resultar peligrosa.

—Pues no sé en qué te fundas. Es un hecho que somos prisioneros, y que vamos, mejor dicho, colaboramos con Shálin.

La muchacha replegó velas, seguramente asustada de su propia audacia, y dijo, confusa:

—No, no me fundo en nada. Una tontería mía... Shálin es omnipotente, su causa es justa. Es merecedor de que se le ayude. Terminará con sus enemigos...

A Walter le llamó la atención la perorata de Tahala, referente a Shálin, y que fue dicha con la monotonía peculiar a la de una criatura que recita algo aprendido de memoria.

Pero en esto tampoco se dejó atrapar el capitán, al decir:

—Desconozco las cualidades y la causa por la que pueda abogar Shálin. Lo que es un hecho es que ha respetado nuestras vidas, y se lo tenemos que agradecer de algún modo.

—Sí, claro, claro... —repuso la joven, evasiva.

Walter decidió cambiar de tema:

—Bueno... Considero que no es justo el que tú sepas de mí, y yo desconozca por completo tu personalidad.

—Mi persona carece de la más mínima importancia. Ya te dijo Shálin que soy una ex prisionera.

—¿Como lo sabes?

—Alcancé a oírlo.

—Pues también te enterarías de que has logrado el puesto que ocupas, gracias a tu colaboración e inteligencia.

—Es muy magnánimo Shálin...

Le chocó a Walter las palabras de Tahala, que interpretó fueron dichas en un tono donde más dominaba el desprecio que la admiración.

No quiso, por el momento, ahondar en esta particularidad, y se repitió que debía mostrarse cauto.

—¿Así que tú no eres del planeta Chenemod?

La bella muchacha se sobresaltó, y bien a las claras pudo apreciar Walter que mintió deliberadamente, al contestar:

—No, no soy de aquí.

La actitud de Tahala le desconcertaba en cada momento. Igual daba la impresión de que estaba a favor de Shálin, como que le detestaba.

Verdaderamente, estaba en un lío.

—¿Sabes que eres muy bonita, Tahala?

—¡Bah...! Eso no tiene ningún significado.

—¿Por qué?

—A una ex prisionera no se le hace el menor caso; se la considera de una casta inferior.

—Fuera de los prejuicios que puedan tener, no por ello dejas de ser una criatura adorable.

—Pero aquí no cuentan esos factores, lo que importa es el origen y yo fui una prisionera.

—En lo referente a eso de prisioneros, yo me encuentro en el mismo caso.

—Pero el tuyo es diferente.

—¿Por qué razón?

—Te tienen cierta consideración, por necesitar de ti.

—¿Acaso no necesitan de ti también, Tahala?

—No tanto.

—Pues, según he deducido, tienes asignado un cometido.

—En efecto, pero difiere mucho de lo que puedas imaginar.

—¿Puedes explicarme eso?

—Depende... Quizá más adelante.

—¿Sabes, Tahala...? Me resultas una mujercita un tanto enigmática.

—¿Y eso?

—Por tu comportamiento, naturalmente.

—¿Qué puede tener mi comportamiento?

—No lo sé concretamente, pero me da la impresión de que tus palabras destilan amargura.

La muchacha sonrió de forma encantadora, para luego preguntar:

—¿Tú crees, capitán?

—Una belleza como la que posees, ya de por sí, debe llevar aunada la alegría.

Ella sonrió de nuevo y en esta ocasión le pareció a Walter que lo hizo halagada, por lo que añadió:

—Al menos, yo lo considero de esta manera. Es más, desde que te vi, no te has apartado de mi mente.

—¿Por qué?

—Quizá por haberme infundido parte de esa alegría que te he mencionado y albergar la esperanza de verte nuevamente.

Comprobó que sus palabras le resultaron agradables.

Tahala, con la mayor naturalidad, puso una pierna sobre la otra, dejando al descubierto sus esculturales piernas hasta buena parte del muslo.

Walter no pudo sustraerse a aquel atractivo que le ofrecía graciosamente la magnífica joven y su corazón latió a mayor ritmo.

Tahala se apercibió de la admiración despertada en Walter y púdicamente cubrió un poco aquellas esculturas, que por un momento exhibió.

No obstante, el capitán tomó asiento a su lado, en aquella especie de litera que ella ocupaba y le dijo:

—Creo haber descifrado la amargura que reflejas.

—¿Sí...? ¿Puedes decírmelo?

—Tú estás falta de cariño, de amor.

Ella se le quedó mirando, asombrada, para luego preguntar, inocente:

—¿Y eso qué es?

El asombro pasó a predominar en Walter.

—Pero, ¿ignoras estos sentimientos?

—Por completo.

El capitán se rascó la cabeza de forma nerviosa y trató de argumentar:

—Vamos a ver... Mi proximidad, ¿no te dice nada?

—No, salvo lo que eres, el capitán de una nave terrestre.

El le cogió una mano entre las suyas y la acarició. Poseía una piel fina, suave como el terciopelo.

—¿No te dice nada la relación hombre-mujer?

—En absoluto.

Walter comenzaba a exasperarse, por dos cosas: por la proximidad de aquella deliciosa criatura, que exaltaba sus sentidos y por la frialdad con que contestaba a lo que él le exponía.

En un arrebato, la rodeó con sus brazos y besó largamente aquellos turgentes labios, que no se equivocó al juzgar que resultarían deliciosos.

Mientras duró el ósculo, ella le miraba con sus preciosos ojos muy agrandados, pero permaneciendo, fuera de esto, completamente impasible.

Controlándose Walter y fatigado por el esfuerzo que tuvo que hacer para no ir más allá, se separó del rostro bellísimo de Tahala, respirando fatigosamente.

Desde luego, jamás hubiera esperado la pregunta de la joven:

—¿Por qué has hecho eso?

La exasperación del capitán llegó al límite y, poniéndose de pie, estalló:

—¡Cuernos! Pareces una niña, con tantos porqués. ¿Acaso eres de piedra, insensible por completo? ¿No eres una mujer?

—Anatómicamente, claro que pertenezco al género femenino. Pero de eso a sentir todo lo demás...

—¡Y tan anatómicamente que lo eres! No lo sabes tú bien... Por tanto, posees un corazón, un alma; tienes que sentir una inclinación hacia el sexo opuesto.

—¡Ah, vamos...! Ya entiendo... Pero eso sólo es preceptivo en los animales inferiores.

—¡Y qué caray, en los superiores también...! Mientras en el orbe haya seres humanos, pertenecientes a los dos sexos, existirá esa atracción entre hombre y mujer. Es una ley natural para la multiplicación de la especie.

—Todo cuanto has dicho lo considero una tontería; pensamientos arcaicos.

—¡Cómo pensamientos arcaicos!

—Naturalmente. Si una mujer siente necesidad del hombre, concurre al Centro de Procreación, y ya está. Pero sin necesidad de sentir todo lo que has dicho.

—¡Válgame el cielo...! Entonces, te desdices sobre lo que has mencionado de los animales inferiores, puesto que actuáis como ellos.

—Es diferente, ellos proceden por instinto.

—Y vosotras, ¿por qué? No nos engañemos, Tahala, el procedimiento viene a ser el mismo.

—Bueno, es que...

Walter no la dejó continuar. La cogió de ambas manos y la obligó a ponerse de pie, para luego enlazarla por la cintura y atraerla con delicadeza,

—Lo más sublime entre un hombre y una mujer es que surja la atracción física para luego, sin saber cómo ni cuánto, haga acto de presencia el amor.

Tahala se mantenía inerte entre sus brazos, en tanto que él notaba con toda plenitud la perfección de aquel cuerpo, incluso la tibieza que despedía.

Volvió a besar aquellos labios, que no se apartaron de su mente desde que los vio, y prodigó sus caricias al marfileño cuello...

Estaba en el límite de su paroxismo, cuando ella le apartó, enérgica:

—¡Basta ya, capitán...! Me estás ahogando, y todo esto es ridículo. Te estás portando como un...

—Sí, no es necesario que lo digas. Como un animal, pero racional, como se tiene que portar un hombre al que has cautivado con tus encantos. Me temo, Tahala, que jamás te podrás apartar de mí.

Ella se alisó su túnica estrujada, tirando luego la sedosa melena hacia la espalda, en un gracioso movimiento, ayudada por sendas manos.

En aquella actitud, con los brazos subidos y sus manos ocultas en su abundante melena, a Walter le hizo el efecto de que la encarnación de la tentación más sublime, la tenía ante él.

Tuvo que hacer un supremo esfuerzo para no rodearla de nuevo con sus brazos y estrujarla, dar rienda suelta a todo cuanto sentía.

Logró dominarse y contemplándola embelesado, le preguntó:

—¿De verdad que no has sentido nada?

Tahala se ruborizó un tanto, y contestó, evasiva:

—Nada... ¿Qué tenía que sentir?

—En esta ocasión estás mintiendo, mi bella Tahala.

—¿Por qué tenía que hacerlo?

—El brillo de tus ojos te traiciona.

—Este brillo también podría ser de indignación.

—No lo creo.

—Puedes pensar lo que quieras, capitán.

Walter consideró que no debía forzar las cosas y enzarzarse con nuevas discusiones. Así le daría tiempo a meditar para que llegara a sus propias conclusiones.

Ella se mostraba imponente, en su serenidad, realzando más su belleza, adornada con aquella seductora sonrisa.

Le dijo:

—Lo siento, capitán. El tiempo de que disponía, se ha terminado.

—Sí que es una lástima, puesto que tu compañía me resulta muy grata.

—Tengo mis obligaciones, a las que he de atender.

—Me hago cargo.

—Parece que te hayas ofendido. ¿No comprendes que soy una ex prisionera?

—Quisiera que no le dieras tanta importancia a esa condición.

—¿Por qué?

—Ya estamos otra vez con la preguntita...

—Perdón, trataré de corregirme. Pero..., ¿me lo puedes explicar?

—Ahora no, puede que más adelante.

—Como gustes.

—¿Podremos vernos de nuevo, Tahala?

—No sé si será prudente... Shálin se puede ofender.

Iba a decir que Shálin se fuera al cuerno, que a él lo que le interesaba era su persona.

Naturalmente, se calló sus pensamientos.

No obstante, insistió:

—Quiero verte de nuevo.

Ella quedó pensativa y al cabo de un momento, le contestó:

—Conforme, siempre y cuando me prometas tomar precauciones para que nadie te vea. Podrás verme a estas horas, que las tengo libres.

—Eso ya está mejor. Te prometo tomarlas.

—¡Ah...! Toma este pulsador magnético. Sin esto no podrás entrar en mi alojamiento y no es conveniente que esperes fuera. Únicamente los poseemos tú y yo.

—Gracias, Tahala, por la confianza que me demuestras.

La muchacha se conmovió un poco y parecía que iba a decir algo. Pero se calló, para manifestar únicamente:

—Y ahora, vete. Se me hace tarde. ¿Sabrás ir a tu alojamiento?

—Creo que sí. Hasta pronto, Tahala.

Y al despedirse, cogió su mano, en la que depositó un cálido beso.

CAPITULO VII

Los trabajos de comprobación y puesta a punto de la «Celes», seguían, a un ritmo acelerado.

Por fortuna, hasta el momento, no habían surgido averías de vital importancia y se fue subsanando, con el material de repuesto de que disponían a bordo, por si se les presentaba algún caso de emergencia.

Walter consideró el silenciar la entrevista que mantuvo con Tahala, más que nada por si alguno de sus hombres cometía, inconscientemente, alguna indiscreción.

Como temía, la impaciencia de Shálin se puso de nuevo de manifiesto por mediación de otro oficial, que fue a visitarle a la nave.

Paul se lo anunció:

—Capitán, tenemos .visita.

—Bien, deja que pase, y proseguid con vuestras ocupaciones.

Una vez el oficial ante él, le manifestó:

—Shálin desea saber si habéis completado la revisión de la nave.

A lo que le contestó el aludido:

—La complejidad de unos sistemas, en que la precisión es el carácter dominante, requiere su tiempo para comprobar su exacto funcionamiento.

—Shálin desea saber cuándo la tendréis disponible,

—Por lo que he apuntado anteriormente, no se puede precisar, y máxime sin contar con el auxilio de aparatos verificadores.

—Shálin desea saber el tiempo.

Le estaba cargando la terquedad de aquel oficial, y con mucho gusto le hubiera mandado a paseo.

Por otra parte, comprendió que aquel hombre no hacía más que transmitirle los deseos de su jefe.

—He dicho ya, en reiteradas ocasiones, que no se puede precisar tiempo.

—Está bien, capitán, así se lo comunicaré. Aunque me temo que no quedará satisfecho.

Iba a decirle Walter que también compartía su opinión, pero, naturalmente, se reservó su pensamiento.

Tras estas palabras, el oficial se alejó de la «Celes» para comunicar a su superior el resultado de la gestión que le había encomendado.

Nada más desapareció el emisario de Shálin, los astronautas terrícolas acudieron a su capitán para saber cómo iban las cosas.

Walter les manifestó:

—Estoy convencido de que a Shálin le domina la impaciencia y no nos va a dejar tranquilos.

Jerry preguntó, preocupado:

—¿Y qué vamos a hacer, capitán?

—Pues seguir en el plan trazado.

—Me temo que no podremos seguir así durante mucho tiempo.

—Lo que consigamos, eso que nos encontraremos, Charles.

—Pero, capitán, si se entera de que casi la tenemos lista...

—Precisamente, es lo que debe de ignorar, Paul. Si la información no parte de nosotros, será difícil que lo sepa.

—¿Y si nos manda a su gente para que lo averigüe?

—En tal caso, Tony, ya os advertí que eso corre de mi cuenta.

Puesto que no lograron manejar las naves que apresaron, lo lógico es que desconozcan por completo los métodos de navegación y ante tal desconocimiento, resultará fácil confundirlos.

—No sé, no sé... Ese tipo no nos va a dejar tranquilos.

—Eso es de esperar, Jerry. Y es más, casi me alegraré de que suceda de este modo, puesto que, con ello, Shálin mismo favorecerá nuestros planes.

—No comprendo, capitán.

—Jerry, la impaciencia no casa con la prudencia. Si Shálin desea forzar las cosas, yo me encargaré de frenarle, y encauzarle por el camino que me conviene.

—Sigo sin comprender.

—Te lo voy a decir en pocas palabras para que tu mente infantil lo entienda. De ir yo cara a él, exponiéndole la conveniencia de realizar un reconocimiento inmediato con su nave, puesto que la nuestra no está en condiciones, podría despertar sus sospechas. Al contrario, si parte de Shálin, y yo le digo que me lleven con ellos, verá solamente nuestra predisposición hacia su causa.

—¡Ah! Ya comprendo...

—De este modo, sin él saberlo, me facilitará, el camino para averiguar todo lo que me he propuesto, y nunca podrá sospechar que le he inducido a ello.

—Pero también puede resultar peligroso.

—Ese tema ya lo discutimos, Charles. Del modo que sea, tenemos que tratar de solucionar el caso y ellos, de por sí, no nos darán facilidades.

Los demás intercambiaron una mirada. El pensamiento era unánime en ellos, al admirar la inteligencia y la audacia de su capitán, aunque, claro está, quedaba en el aire el enigma del resultado.

Walter les repitió la conveniencia de ultimar la revisión.

—Casi está todo a punto —manifestó Jerry.

—Muy bien. En cuanto terminéis, haremos una comprobación general.

Y cada uno reanudó los trabajos interrumpidos, tras la visita de

aquel oficial.

El mismo Walter se olvidó de todos los problemas que le acuciaban para dedicarse de lleno a la verificación de controles indispensables para la buena marcha de su astronave «Celes».

* * *

Lo que sospechó Walker River, terminaba de hacerse realidad.

El oficial que estuvo anteriormente, hizo de nuevo acto de presencia.

—Capitán, Shálin desea que te entrevistes con él.

Walter simuló contrariedad y manifestó para dar más veracidad:

—A este paso, nunca podrá estar lista la «Celes», debido a las constantes interrupciones.

—Lo siento, capitán. Son órdenes de Shálin.

—¿Tiene que ser ahora?

—Sí.

Con desgana, abandonó su asiento frente al tablero plagado de indicadores y con alguno desmontado, para manifestar, resignado:

—Bien, pues vamos allá.

Acompañado del oficial, recorrió el mismo camino que hizo una vez con escolta y todo.

Shálin le recibió con expresión poco amistosa. Sus ojos oblicuos despedían chispas.

Cuando la puerta se hubo cerrado y quedaron solos, sin más, le soltó:

—Me parece que os tendré que mandar a hacer compañía a los de la otra parte del río.

Si creyó Shálin que con estas palabras iba a intimidar al capitán Walter River, se equivocó.

—Lo que estamos realizando en nuestra nave es un trabajo científico, aparte de lo que va surgiendo en la mecánica...

—Pero ya debía estar todo terminado.

—Lo siento.

—Con sentirlo no basta. Necesito de vuestra nave,

—Nosotros estamos haciendo lo imposible por complacerte.

Le mintió Walter, componiendo una cara de inocencia.

—¿Cuándo la tendrás lista?

—Shálin..., he tratado una y mil veces de darte a entender que en un trabajo de esta índole no se puede prefijar tiempo.

—Es que...

Walter no le dejó continuar, para exponerle, enfadado :

—¿Quieres que nos lancemos al espacio y, por las prisas que exigen, nos expongamos a vagar por el infinito o estrellarnos...? En cualquiera de los dos casos, te quedarías sin poder hacer uso de nuestra nave.

Shálin pareció meditar las palabras del capitán, pero aún así, manifestó, malhumorado:

—Si no fuera por precisar de esa nave, me parece que ya os hubiera confinado definitivamente con los demás prisioneros.

Walter se dijo que iba por buen camino y que debía sacar partido de las palabras de Shálin.

—Puesto que dices precisar de nuestra nave, no me explico tus prisas en lanzarla al espacio y perderla definitivamente.

—Es que necesito efectuar unos reconocimientos, como ya te dije.

—¿Tanto urge? —inquirió Walter, simulando interés, cuando su intención estaba encaminada a que Shálin se explayara.

—Más de lo que imaginas. Sospecho que nuestros enemigos están preparando un ataque de más envergadura que el realizado últimamente.

—¿Y no cuentas con otros medios para llevar a cabo el reconocimiento?

A lo que Shálin contestó, furioso:

—No. Sólo se puede salir de aquí hacia el espacio, y para ello únicamente cuento con nuestra astronave.

—¿Entonces...?

—¿Qué quieres decir, capitán?

—¿Yo...? Nada.

Shálin miró fijamente a Walter y, al cabo de un momento, manifestó con expresión de quien ha hallado la solución a su problema:

—Pues, ¡claro...! Ya está. Efectuaremos la misión de reconocimiento con nuestra astronave. Pero tú también irás con ellos.

La sorpresa que demostró Walter River, en esta ocasión, fue sincera, aunque la interpretación fue distinta en cada hombre.

A Walter le faltó poco para dar un salto de alegría, puesto que sus planes se iban a realizar con una facilidad insospechada.

En cambio, Shálin esbozó una sonrisa diabólica, como dando a entender que aquello no le sentó muy bien al terrícola.

Walter, como buen psicólogo, captó el pensamiento de Shálin, y no quiso defraudarle.

Manifestó, dubitativo:

—Pero yo...

—Sí, tú irás en la nave, y con mis hombres. Es justo que corras sus mismos riesgos, ya que no puedes acompañarles con tu nave.

—De todos modos...

—No te queda otra alternativa. Además, es conveniente que te vayas familiarizando con la orografía del lugar y nuestros sistemas.

Walter, interiormente se dijo, gozoso:

«Pero si es precisamente eso lo que quiero, majadero.»

No obstante, le convenía mantener a Shálin en su creencia de que su idea no le hacía la menor gracia.

—El caso es que no veo con qué finalidad tengo que ir yo también.

—Puedes interpretarlo de dos maneras: como te he expuesto anteriormente o como castigo a tu negligencia, por no tener a punto la nave.

—Pero, aun con todo, ¿cuál será mi misión?

—La de cooperar con mis hombres para que todo resulte satisfactoriamente.

Walter se encogió de hombros, como diciendo:

—«Bueno, si te empeñas...»

Shálin siguió esbozando una tenue sonrisita.

—Por otra parte, capitán, te considero lo suficiente inteligente para sacar a mis hombres de una mala situación porque estarás implicado en ella.

—Gracias por lo de inteligente —manifestó Walter, con sequedad.

—Te presentaré a los hombres que componen la tripulación de mi astronave, y con ellos, de acuerdo con la cartografía, planearéis la misión de reconocimiento.

—¿Cuándo vamos a efectuarla?

—Cuanto antes. Necesitamos saber, con urgencia, lo que puedan tramar los enemigos.

—De acuerdo. Como dispongas.

—¡Ah! Una advertencia. Nada de tonterías por tu parte. Las vidas de tu tripulación dependerán del comportamiento que hayas llevado.

El capitán River, en esta ocasión, no se pudo contener, al preguntar:

—¿Amenazas?

—Interprétalo como quieras.

—Mal sistema, cuando se pretende dominar bajo el signo del terror.

—No vamos a discutir lo que es más o menos conveniente, ni pretendas darme lecciones sobre métodos de gobierno. Hasta ahora me ha ido bien y se me obedece.

—Te obedecen por terror, no por afecto y admiración.

—Me tiene sin cuidado el afecto o la admiración. Lo que interesa es la obediencia a una causa justa.

Walter ponía en cuarentena aquello que llamaba «una causa justa». Dicen que la primera impresión es la que vale y ésta le resultó desastrosa, en lo referente a Shálin persona.

El capitán se dominó, considerando que las divagaciones moralistas y principios políticos de buena voluntad, no casaban con el despotismo de aquel ser.

—Si no deseas nada más de mí, proseguiré con mis trabajos.

—Por ahora, nada más. Te avisaré para reunirte con la tripulación. Advierte a tus hombres que, mientras estés ausente, prosigan con sus quehaceres.

—De acuerdo. Así lo haré.

CAPITULO VIII

Cuando Walter se reunió con los suyos, tuvo que reprimir el optimismo que le invadía.

Al asegurarse de que estaban solos, les manifestó:

—Muchachos, todo se desliza mejor de lo que esperaba.

Jerry apremió:

—Cuente, cuente, capitán.

Walter les relató con todo detalle la entrevista mantenida con Shálin y sus hombres quedaron admirados, una vez más, del tacto e inteligencia de su capitán.

—Así pues, mis intenciones de exponerle a Shálin que me dejara ir con ellos, bajo el pretexto de una colaboración más directa, no ha sido necesario apuntárselas. Cosa que me congratula, puesto que entonces hubiera podido dar lugar a sospechas.

—Capitán, es usted un hacha —dijo Tony, entusiasmado.

—No hay que proclamar victoria hasta el final.

—Pero la trama comienza con buen pie.

—Sí, Jerry. Pero hay que dar los pasos con firmeza, con seguridad. Al titubeo más íntimo, puede ir al traste nuestro plan.

—El suyo, capitán, el suyo. Es usted quien lo ha urdido.

—De todos, Paul, puesto que, sin vuestra colaboración, poco podría hacer.

Era una virtud más que sus hombres admiraban en su capitán, su humildad, dando más valor a los demás que a sí mismo.

—Lo cierto es que ese «besugo» de Shálin, se ha tragado el anzuelo hasta la misma cola.

—No se puede ocultar la afinidad de parentesco, Charles.

—¿Por qué lo dices, Jerry?

—Sencillamente, por lo de besugo.

Jerry se tuvo que ocultar a toda prisa tras su capitán, ante el peligro de perder sus piezas dentarias, a consecuencia del directo de Charles, que se perdió en el vacío.

Rieron la ocurrencia y las prisas de Jerry por ponerse a salvo.

—Bueno, ahora una advertencia. Trataréis de seguir lo «ordenado por Shálin», o sea, los trabajos en la «Celes». Seguramente, durante mi ausencia, tratarán de «meter las narices», como vulgarmente se expresa.

—¿Qué haremos, entonces?

—Tú, Jerry, como segundo a bordo, asumirás el mando. No permitas la interferencia de nadie. Te cierras a que te limitas a cumplir órdenes concretas mías y que os dejen trabajar tranquilos. ¿Entendido?

—Sí, capitán.

—En caso de que no volviera, confío en vuestra capacidad para evadiros.

Todos guardaron silencio y se pusieron muy serios.

En aquel momento, Walter, no supo por qué, pensó en Tahala para que sus hombres acudieran a ella, en caso de apuro.

Pero inmediatamente apartó de sí la idea, puesto que él mismo no tenía seguridad plena en ella y por tanto, no podía exponer a sus hombres a un fracaso, por dejarse llevar simplemente por una corazonada o simpatía.

Mentalmente se hizo la promesa de descifrar de una vez, la posición de la encantadora muchacha, lamentando que, de haberlo averiguado ya, a estas alturas podrían contar con una valiosa ayuda.

Si le quedaba tiempo, acudiría a su alojamiento para tratar de sacar algo en claro y si, de paso, conseguía unas caricias, tanto mejor.

El silencio se prolongó más de la cuenta.

Sus hombres pensaban qué sería de ellos, si a su capitán le pasaba algo. Y el capitán Walter River lamentaba no poder dejar a su tripulación en ventajosas condiciones de éxito ante cualquier eventualidad.

Walter trató de infundirles ánimos:

—Bueno, muchachos, alegrad esas caras. Tened en cuenta que pienso sacar buen partido de esa incursión y que, por la cuenta que me tiene, sabré cuidarme.

Pareció que sus palabras dieron el resultado apetecido, puesto que la seriedad iba desapareciendo de aquellos rostros de hombres jóvenes y audaces y de por natural alegres, aun en las situaciones más adversas.

—¿Sabes lo que te digo, Charles?

—¿El qué, Jerry?—Que cuando asuma el mando, en ausencia del capitán, te voy a juzgar por frustración de agresión y por tanto, acto de insubordinación hacia un superior.

—¿Por frustración, insubordina... qué?

—Sí, hombre, por pretender desdentar a tu jefe. Y que conste que tengo testigos.

—¿Y qué le pueden importar a un can unos dientes más o menos? Su función es la de ladrar y tú lo haces a la perfección, Jerry.

—Paul y Tony, desde este instante, os emplazo como testigos de cargo para juzgar a un «besuguino».

—¡Un momento, Jerry...! Creo que Tony y yo contamos con el

derecho de deliberar sobre la situación en que pretendes colocarnos. Así que, nos vamos a consultar...

Se apartaron un momento del grupo, y luego volvieron. Fue Paul quien habló de nuevo:

—Como portavoz de la junta efectuada en el más riguroso de los secretos, declaramos no ser aptos para actuar como testigos de un par de animales.

Jerry se sublevó:

—¿Usted ha oído eso, capitán?

A lo que contestó el aludido:

—Hombre, la cosa tiene su lógica con arreglo a su constitución y función respectiva, es decir, del besugo sales «escamado» y del perro «ladrado».

Todos celebraron su buena predisposición y el optimismo imperó de nuevo en la tripulación de la «Celes».

* * *

No le dio tiempo al capitán Walter River de girar una visita a la joven Tahala.

Había sido convocado por Shálin para presentarle a la tripulación de la nave de los chenemodes y planificar la misión que iban a emprender.

Su presencia fue acogida con cierta reserva, pero aquellos seres, a poco de comenzar la conferencia, pudieron comprobar que el capitán terrícola poseía una inteligencia despierta, por lo muy acertado que estuvo en sus escasas intervenciones.

Ultimados los detalles, Shálin en persona les ordenó que emprendieran el vuelo inmediatamente.

El comandante de aquella nave, invitó a Walter que fuera con él y, seguidos del resto de la tripulación, nueve hombres más, fueron caminando por unos pasillos hasta desembocar en una enorme sala, igualmente tallada en roca viva.

Allí reposaba la nave de los chenemodes, a la que reconoció el capitán inmediatamente, por ser con la que establecieron contacto y punto de partida de sus desventuras.

En silencio, ascendieron por la rampa de acceso.

La mente de Walter River se puso en funciones, mirando a todas partes con disimulo y prefijando cuanto consideraba de su interés.

El comandante le hizo sentar a su lado, en la cabina de mandos, y le explicó:

—Ahora, un remolque nos trasladará a la plataforma de ascensión.

En efecto, así fue. La nave se puso en movimiento hacia un gran túnel para desembocar en otra gran sala, en cuyo centro, sobresaliendo del nivel del piso, estaba la plataforma de forma circular y de gran diámetro.

Una vez la nave colocada sobre la misma, en unos puntos señalados, el remolque se retiró del lugar.

El comandante volvió a hablar:

—Desde este momento, ejercemos plena autonomía para salir a la superficie.

Acto seguido, manipuló en un selector, y la nave se puso en movimiento ascendente.

A medida que subían, las paredes, en forma de cono, se iban estrechando hasta que se ajustaron a las dimensiones de la plataforma.

La oscuridad se hizo absoluta, pero inmediatamente se encendió un foco en la parte superior de la nave.

Walter pudo ver que el camino estaba interceptado por una bóveda, formada por grandes gajos.

Por el rabillo del ojo, se dio cuenta cómo el comandante manipulaba en otro selector y, a poco, aquellos gajos fueron separándose, y filtrándose por sus huecos la luz exterior.

Antes de llegar la nave a la bóveda, ésta ya estaba completamente abierta, y entonces la plataforma se detuvo.

El comandante dio unas órdenes, manipuló en el tablero de mandos, se notó una sacudida y acto seguido, salían disparados hacia el espacio libre.

La mente de Walter trabajaba febrilmente y no dejó que se le escapara ni un solo detalle sobre el procedimiento de salida.

Tomaron gran altura, con la finalidad de localizar mejor los puntos a explorar en aquel terreno donde las escarpadas montañas eran la característica dominante.

De los tres lugares sospechosos, en el primero que reconocieron no había síntomas de actividad alguna, por lo que el comandante decidió dirigirse hacia otro de los fijados en los mapas que llevaban a bordo.

Les costó un poco localizarlo y de momento, no se veía nada anormal, por lo que el comandante decidió aproximarse más.

Hubiera desistido, a no ser que fueron atacados desde aquel lugar que el comandante decidió observar.

Por poco, les alcanzan de lleno.

La astronave maniobró para salirse de aquel radio peligroso y una vez logrado esto, tomó una posición favorable para el ataque.

Todo esto lo intuyó Walter, y luego se lo confirmó el mismo comandante:

—Ahora sabrán lo que es bueno. Ellos mismos se han descubierto.

Efectuó una especie de picado y de la misma nave se desprendieron mortíferas cargas, cuyas explosiones repercutieron en la propia nave que las lanzó.

El efecto fue devastador. Seguramente, se amparaban bajo un amplio escondrijo, puesto que luego de las explosiones quedó al descubierto una amplia explanada.

La nave descendió más y con las armas de a bordo, comenzaron a disparar contra todo lo que se movía.

El comandante hizo descender más la nave hasta casi posarse en el suelo.

Entonces apareció un grupo de supervivientes, con muestras evidentes de que se rendían.

El comandante, con expresión diabólica, dio la orden:

—¡Exterminadlos a todos!

Walter no se pudo contener y gritó:

—¡¡Alto...!!

El comandante quedó sorprendido por la virilidad con que pronunció aquello, el capitán River.

Pasado el momento de sorpresa, reaccionó violentamente al preguntarle:

—¿Quién eres tú para contradecir mis órdenes?

—Un ser humano como tú y los demás.

—Esos que tenemos ahí no merecen la existencia.

—Los que tienes ahí se han rendido, están indefensos.

—Son nuestros enemigos.

—No por ello te asiste el derecho de asesinato.

El comandante mostraba el aspecto de un poseído, al que domina la sed de la sangre, la venganza.

—Estás en un error, capitán. No es asesinato, es justicia, y llevaré a cabo la sentencia, pese a tus idiotas prejuicios.

—Protestaré ante Shálin, de tu matanza.

Walter dijo esto por decirlo, con el convencimiento de que no surtiría el menor efecto.

Pero se equivocó. El comandante de aquella nave le miró, esbozando una sonrisa cínica y exclamó:

—¡Ah, sí...! ¿Conque ésas tenemos...?

Y luego, dirigiéndose a sus hombres, ordenó, furioso:

—¡Apresad a este asqueroso terrícola!

Dos tripulantes le sujetaron por ambos brazos.

Walter no opuso resistencia, por considerarlo una tontería, al igual que entendía una bravata la actitud del comandante, al ordenar que le apresaran, puesto que de la nave no podía salir.

Únicamente dijo, al comprobar que la mención de su superior había hecho mella:

—Una nueva protesta que añadir ante Shálin.

—Me parece que no vas a tener esa ocasión, humano capitán,.. Ya

me ocuparé de ti más tarde. ¡Lleváoslo!

Le confinaron en un pequeño recinto, a modo de celda. Antes de encerrarle, todavía pudo escuchar la voz desagradable del comandante:

—¡Cumplid lo que os he ordenado! ¡Exterminadlos...!

A poco, se oyó una sucesión de explosiones.

Walter se acercó a la escotilla y a través de la misma, pudo ver, con pena, cómo aquella pobre gente indefensa yacía en el suelo sin vida.

Cuando todo aquello hubo terminado, la nave tomó altura.

El capitán pensó que se dirigirían al tercer lugar que faltaba por observar, según se había planificado.

No se equivocó. La nave, luego de situarse a gran altura, siguió durante un corto tiempo en línea recta para luego evolucionar en círculo.

Mientras tanto, Walter River pensó sobre la situación en que se hallaba y no dudó que aquel sanguinario comandante trataría de eliminarle sin ningún escrúpulo.

Más lo sentía por sus hombres que por él mismo, pero, fiel a su lema de no" preocuparse con lamentaciones por acontecimientos más o menos nefastos que pudieran producirse, se centró en observar las evoluciones de la astronave y esperar, impasible, el resultado de tocio aquello.

A simple vista, únicamente se podía apreciar la panorámica de aquella agreste región.

Como la vez anterior, la nave fue descendiendo más y más.

Walter River deseaba que, si había alguien en aquel lugar, no delataran su presencia por precipitarse a la defensa, que fueran cautos y cuando se decidieran, que fuese con precisión, aunque esa precisión pudiera redundarle en perjuicio propio.

Por el momento nada anormal sucedía, pero él, como buen observador, pudo comprobar, cuando acortaron distancia con el suelo, que allí existía un escondrijo similar al del lugar anterior.

De un momento a otro esperaba oír las explosiones, pero iban

reduciendo distancia y éstas, inexplicablemente, no se producían.

El capitán River dedujo que aquel ser desalmado no había reparado en esta particularidad, puesto que ya hubiera podido arrasar aquella zona.

Se alegró de que tuviera aquel fallo y albergó la esperanza de que abandonara aquella zona, como estuvo a punto de irse de la anterior.

Seguramente, confiado en que allí no habían señales de vida, descendió todavía más, hasta el extremo de que estaban muy por debajo de los picachos de aquellas cumbres.

Paulatinamente, la distancia que les separaba del suelo se fue reduciendo y directamente se podía apreciar el menor detalle.

La nave se detuvo en su descenso y Walter se dijo que aquellos hombres estaban ciegos.

CAPITULO IX

Permanecieron un buen rato en posición estática, ignorando el capitán lo que estarían tramando a bordo.

De capitanear él la nave, no se hubiera colocado de un modo inconsciente, en aquella situación tan peligrosa y más, habiendo descubierto el escondite, lo que denotaba que, al amparo del mismo, podía ocultarse alguien.

Le asaltó un presentimiento y su vista se dirigió hacia los picados que podía divisar a través de la escotilla.

Su sospecha se convirtió en realidad. Desde el lugar donde estaba, descubrió a dos astronaves, que iban emergiendo paulatinamente entre los picachos de aquellas montañas para situarse encima de la que él ocupaba.

Y el comandante chenemodes, con su tripulación, sin enterarse. Dedujo que, probablemente, estarían absortos, tratando de descubrir algo.

Sea lo que fuere, pensó Walter River que aquel comandante era un inepto, puesto que la vigilancia del espacio no debía de descuidarse y más hallándose en una zona enemiga, expuesto a cualquier sorpresa

funesta.

Y la sorpresa no tardó en producirse para aquellos inexpertos hombres.

El capitán notó gran revuelo en la nave: órdenes a gritos, confusión enorme, una elevación brusca, que casi le hizo perder el equilibrio, para luego oírse unos estampidos y detenerse en su ascensión.

Oteó por la escotilla y vio aquellas naves que divisó en un principio, estaban materialmente encima de la que ocupaba.

Permanecieron inmóviles un buen rato, oyéndose, de vez en cuando, la voz airada del comandante, aunque Walter no podía colegir lo que decía, pero imaginó que le conminaban a la rendición.

Verdaderamente se había metido en un callejón sin salida. Por el espacio libre le cortaban la retirada aquellas naves y en el suelo...

Walter quedó maravillado. En un abrir y cerrar de ojos, desapareció el sistema de camuflaje, dejando al descubierto un verdadero astródromo, con todos sus pertrechos y defensas.

Nuevamente, la voz del comandante para luego iniciar el descenso y tomar tierra.

Ya estaba a punto de posarse, cuando se notó un tirón brusco en la nave y acto seguido, dos explosiones. Luego quedaron inmóviles en el suelo.

Se oían voces, pasos precipitados.

El capitán River estaba atento a todo lo que podía ver y percibir, lamentando hallarse confinado en aquel reducido recinto.

Lo que ignoraba el capitán Walter River era cómo se desarrollaron los acontecimientos.

Luego de oponerse a la matanza de aquellos indefensos seres y confinado en aquella celda, el comandante ordenó a su segundo de abordo:

—Oficial ejecuta al terrícola.

—Comandante, ten presente que nos lo ha confiado Shálin en persona.

—¿Quién es el que manda en la nave?

—Tú, desde luego.

—Pues cumple lo que te he dicho.

—¿Y cómo vas a justificarte ante Shálin?

—Juicio sumarísimo por traidor.

—Eso no es verdad.

—Eso, entiéndelo bien, lo sabemos todos, y pobre de aquel que diga lo contrario.

El oficial se quedó pensativo. Bien a las claras demostraba que no compartía el parecer del comandante.

Vino a favorecer su oposición, cuando el observador indicó que estaban encima del punto a explorar.

El comandante le dijo al oficial:

—Deja lo que te he dicho para luego que terminemos aquí y si hay alguien ahí abajo, le abandonaremos entre los que eliminamos, como un cadáver más.

El oficial le miró con expresión aprensiva, pero tuvo un respiro de alivio al no verse obligado a cumplir inmediatamente aquella orden que le repugnaba. En tanto, trataría de disuadirle.

Se hallaban absortos en la exploración de aquel lugar, cuando fueron sorprendidos por una llamada por radio:

—¡Atención, atención...! A quien mande la nave, se le ordena que cumpla las instrucciones.

Miraron hacia arriba y no eran dos naves las que habían interceptado el camino, sino cuatro; las otras dos estaban situadas en la parte opuesta de donde se hallaba Walter.

El comandante exclamó:

—¡Cerdos...! ¡Y vosotros, imbéciles, sin daros cuenta de su presencia! ¡Os mandaré a todos a engrosar el número de prisioneros!

Con sus bravatas, pretendía justificar su negligencia y ocultar el miedo que sentía, por si caía en manos de enemigo.

Vio un espacio libre entre las cuatro naves. Dio toda la potencia a los cohetes impulsores y la nave dio un brusco brinco, por lo que

bastantes de los tripulantes rodaron por el suelo.

—¡Ahora sabrán quién soy yo, esos cretinos...!

Nada más decir eso y ponerse en acción, fue cuando sonaron los estampidos.

—No vuelvas a hacer otra tontería porque constituirá la última. La próxima vez será a dar. ¡Detente!

El comandante estaba demudado, aterrorizado y el mismo pánico que sentía hizo que detuviera la nave que mandaba.

Los demás tripulantes también andaban locos. El único que se mantenía en toda su entereza era el oficial.

Por radio, se dejó oír de nuevo aquella persuasiva voz:

—Muy bien. Ahora id descendiendo, sin hacer ninguna maniobra extraña, hasta posaros en el suelo.

El comandante protestó, miedoso:

—Ahí no podemos aterrizar. Destruiremos la nave y con ella, a nosotros.

Únicamente le contestaron de forma tajante:

—Podrás.

El comandante quedó estupefacto por lo que veía a sus pies. El pánico se acentuó en él y miró, suplicante al oficial:

—¿Qué hacemos, segundo?

—Me temo que no nos queda otra alternativa más que obedecer.

—¡No, no...! ¡Me matarán!

—¿Por qué ese miedo, comandante? Tú siempre has sido muy valiente... teniendo la ventaja de tu parte y ante personas indefensas.

El comandante se le quedó mirando como no pudiendo dar crédito a lo que estaba escuchando.

—¿Por..., por qué dices eso...? Será una broma tuya, ¿verdad?

—Nunca he hablado más en serio y siempre he esperado la ocasión para manifestar lo que me estaba quemando la sangre.

El comandante temblaba ostensiblemente, como una hoja azotada por el viento, y suplicó al oficial:

—Deja que me vaya con el auxiliar de a bordo. ¡Me matarán!

—¿Y tu tripulación...? ¿No piensas en la suerte que correrán?

—Deja que me salve, oficial. Te prometo riquezas, prosperidad...

—No me prometas falsedades, comandante, que aun suponiendo ciertas, jamás aceptaría. ¡Desciende!

Los papeles se habían cambiado. En esta ocasión era el oficial quien daba órdenes a su comandante que sin más inició el descenso.

Ya estaban a punto de establecer contacto con tierra, cuando el pánico se apoderó por entero del comandante, gritando:

—¡Deja que me vaya, oficial!

El aludido le miró, despectivo, y tuvo un rasgo magnánimo, al manifestarle:

—Voy a bloquear la puerta de comunicación para que los demás no sepan la alimaña cobarde que eres.

Entonces el comandante volvió a accionar los cohetes ascendentes en un desesperado e inútil intento de fuga, en el preciso momento en que el oficial le dio la espalda para que no la pudieran abrir los demás, lo aprovechó, preso de terror, para sacar su arma personal y dispararla hacia aquel hombre, su segundo de a bordo.

Por suerte, debido al nerviosismo del agresor, únicamente produjo un rasguño en el oficial, quien con serenidad y sin ánimo de causarle un mayor mal, se defendió de la acción contra su persona.

Pero el propio pánico del comandante se erigió en la mejor justicia a su maldad.

Se abalanzó hacia el joven oficial y el impacto dio en plena región cardíaca, cayendo como un saco en el suelo de la nave.

Luego, el mismo oficial desconectó los motores, y la nave se posó suavemente.

A todo el jaleo anterior siguió un silencio sepulcral, cuando la nave quedó inmóvil.

Posteriormente oyó el capitán River una voz que desconocía y

que decía a la tripulación:

—Que nadie oponga resistencia ni intente hacer uso de las armas, si es que quiere seguir existiendo.

Nadie protestó a lo ordenado y nuevamente aquella voz, con dotes de mando, se volvió a oír:

—Liberad al capitán terrícola y traedlo ante mi presencia.

Acto seguido, Walter comprobó que la puerta era abierta y que le indicaban que saliera de su encierro y que fuera hacia la cabina de mando.

Allí se encontró con el comandante, que yacía en el suelo sin vida y con un oficial que presentaba un rasguño sangrante en la frente.

Se presentó:

—Soy el segundo de a bordo, capitán; el oficial Tehedo.

—Tanto gusto, oficial. Pero... ¿qué ha pasado aquí?

—Ya te lo explicaré cuando tengamos tiempo. Ahora bástate saber que hemos sido hechos prisioneros de los verdaderos representantes del gobierno del planeta Chenemod y nos vamos a entregar a ellos.

—¿Pero...?

—Serás informado de todo. No tienes nada que temer si estás a mi lado.

—De acuerdo.

Interiormente, Walter se dijo que Shálin no era más que un rebelde, y se alegró de ello, aunque no con mucho entusiasmo hasta saber a qué atenerse.

El oficial Tehedo indicó:

—Accionad la rampa de descenso, e id saliendo uno a uno. Si no cometéis ninguna tontería, respondo de vuestras vidas.

La tripulación hizo lo que se les ordenó, y fueron saliendo los ocho hombres.

—Bueno, capitán. Ahora nos toca el turno a nosotros. ¿Vamos?

—Vamos.

Al salir de allí, comprobaron que la nave estaba materialmente rodeada de hombres armados y al aparecer Walter junto al oficial, un hombre al mando de una sección se vino corriendo para abrazar a Tehedo.

—¡Tehedo...! ¿Tú aquí...? Te dimos por muerto.

—Pues ya ves que todavía vivo.

—La alegría que van a tener tus padres... ¿Y quién es éste?

—Un terrícola, capitán Walter River, prisionero de Shálin.

—Tanto gusto, capitán.

—Es mi amigo Sagle, también oficial.

—El gusto es mío, Sagle.

Se estrecharon las manos.

Luego Tehedo, dirigiéndose a su amigo, le indicó:

—Que acomoden convenientemente a los hombres de la tripulación. Dadles buen trato, aunque sin descuidar su vigilancia. Les he prometido mi protección, siempre y cuando se porten bien.

—De acuerdo. Así se hará.

—Mientras tanto, el capitán y yo iremos a hablar con Sárver para rendir información.

—Conforme. Ya sabes el camino.

—¡Ah! Una cosa, en la cabina de mandos está el cadáver del comandante. Retirarlo.

Entonces su amigo reparó en la señal que tenía en la frente y preguntó:

—¿Te ha pasado algo?

—Nada. Una simple refriega, en la que él ha llevado la peor parte.

—¡Ah...! Se cumplirán tus deseos.

Mientras iban caminando, Walter preguntó a su acompañante:

—¿Quién es Sárver?

—Pues... digamos que es nuestro jefe supremo, lo que pretende alcanzar Shálin.

Durante el trayecto, se pararon otros hombres, más o menos jóvenes, para saludar efusivamente a Tehedo, por lo que dedujo Walter que el tal oficial era un personaje importante.

La curiosidad acuciaba al capitán, y deseó saber:

—¿Y cómo se explica que tú estuvieras al servicio de Shálin?

—Esto es una historia que ya irás descubriendo durante la entrevista con Sárver.

Walter había aprendido a dominar su impaciencia, por lo que decidió esperar y llegar a sus propias conclusiones, aunque, la verdad sea dicha, tenía muchas incógnitas que despejar.

CAPITULO X

Ya ante la presencia de Sárver, un hombre de edad no muy avanzada, éste no pudo reprimir su alegría al ver ante sí a aquel joven oficial.

—A mis brazos, Tehedo... ¡Nosotros que habíamos creído en tu muerte...!

Se abrazaron y luego Sárver, le apremió:

—Cuenta, cuenta... ¿Cómo has logrado escapar a la muerte?

—Antes, permíteme presentarte al capitán Walter River, astronauta del planeta Tierra.

El aludido hizo una inclinación de cabeza, a la que correspondió Sárver.

—¿Y cómo está contigo?

—Era prisionero de Shálin.

La expresión de Sárver se endureció a la mención de aquel nombre, para luego manifestar:

—Ha causado y nos sigue causando muchos problemas. Es el desprestigio de nuestro planeta. La envidia es mala consejera que induce hasta a la traición. No quiso someterse a nuestros principios de paz y orden, para terminar siendo un proscrito.

Walter creyó en las palabras de aquel hombre, que destilaban nobleza.

Nada más verle, tuvo esa impresión, impresión que se extendía a aquel oficial que le libertó.

Sárver, se dirigió de nuevo a Tehedo:

—Y dime. ¿Cómo has logrado escapar con vida?

—Iniciamos la operación que nos encomendaste con éxito, y ya estábamos próximos a alcanzarlo en su totalidad, cuando el alto oficial

Selo nos traicionó.

—Solamente tenía que ser él; de la misma calaña de Shálin.

—Aniquilaron la unidad. El mismo Selo pagó con su vida la traición y a mí me recogieron mal herido.

—¿Y qué pasó luego?

—Shálin supo de mi condición de oficial. Sabes que no cuenta con personal adecuado para aleccionar a sus huestes rebeldes, e inició conmigo una campaña de captación.

Walter le dirigió una mirada no exenta de desconfianza, aunque se hizo el propósito de no formar un juicio definitivo hasta haber escuchado todo su relato.

Tehedo prosiguió:

—No viendo otra posibilidad de evasión, le dejé entrever que sus palabras hacían mella en mí y a partir de entonces, redobló sus esfuerzos, otorgándome cierta libertad, aunque positivamente sabía que era vigilado.

—Imagino que no sabía quiénes son tus padres.

—Por fortuna, creo que no. Lo cierto es que fue depositando su confianza en mí, nombrándome instructor de su gente, bajo el control, naturalmente, de alguno de sus esbirros.

—¿Y cómo ibas en esa nave?

—Como te he dicho anteriormente, carece de personal especializado y me incluyó en la misión de reconocimiento, bajo la vigilancia del comandante.

—¿Cómo se desarrolló la acción?

—A raíz de la incursión subterránea que efectuasteis con los fundidores de roca que, por cierto, destruisteis todas las naves apresadas menos una, la del capitán River. Como decía, a partir de entonces, sospechó que estabais tramando una operación de más envergadura. Sea por intuición o servicio de espionaje, nos mandó inspeccionar los tres puntos clave.

—Sabíamos de la existencia de la nave terrícola, pero fuimos atacados y nos pudimos dar con ella.

—De eso, Sárver, creo que te puede informar mejor el capitán

River.

—¿Por qué? —preguntó, extrañado, Sárver.

Fue Walter quien se anticipó a la contestación que pudiera darle el oficial Tehedo:

—Porque fuimos mis hombres y yo quienes nos defendimos.

—¿Tú atacaste a mi gente?

—He dicho que nos defendimos. Prueba de ello es que no actuamos desde el primer momento que iniciaron la destrucción, sino hasta que le tocó el turno a la nave que ocupábamos.

—Es cierto. Fui informado de esa particularidad. Menos mal que no causaste ninguna baja.

—Nuestra intención sólo era hacerles retirarse para mantenernos con vida.

—¿Y cómo estabais allí?

Entonces Walter, en pocas palabras, satisfizo su curiosidad.

Tehedo corroboró:

—Lo que te ha relatado el capitán, te viene a confirmar lo que te he dicho, que carece de personal especializado y tuvo que recurrir a ellos.

—Sí, estoy convencido de ello. Y he de felicitarte, capitán, puesto que, con tu acción, demostraste ser muy buen estratega. Me congratulo de que no hubieran fatales consecuencias por ambas partes.

—Gracias por sus elogios, e igualmente celebro que no se sufriera algún daño irreparable.

—Y ahora prosigue tú, Tehedo. Desde donde te has quedado.

—De acuerdo. En el primer punto, todo fue bien. El camuflaje foto-eléctrico-mimético funcionó a la perfección. Lo mismo hubiera sucedido con el segundo, a no ser por la impaciencia o el miedo de algún servidor de las defensas que, al accionarlas, se delataron. Una verdadera lástima, puesto que el comandante ya había desistido de la inspección.

—¡Ya...! Eso lo explica todo.

—Fue terrible, Sárver, el tener que presenciar la matanza, y no poder hacer nada por ellos. El único que salió en su defensa fue el capitán River, que recriminó al comandante sus procedimientos. Esto le valió al capitán su sentencia de muerte y yo tenía que ser su ejecutor.

A Walter le corrió un escalofrío por la espina dorsal. No sabía al peligro a que estuvo expuesta

—Traté de disuadir al comandante, sin resultado alguno, puesto que en él únicamente dominaban los instintos sanguinarios. Menos mal que la voz del observador, al comunicar que estábamos sobre el tercer punto, le hizo aplazar la ejecución.

—¿Y cómo no se dio cuenta ese comandante, de que se metía de lleno en una trampa?

—Inexperiencia y mucha soberbia. Claro que yo me hubiera cuidado mucho de descubrirle al peligro a que se exponía. Únicamente deseaba que no fuéramos destruidos por nuestro propio bando y que no se repitiera alguna imprudencia.

Sárver comentó:

—Desde que aparecisteis sobre el primer punto, nos pasaron el aviso. No pudimos llegar a tiempo al segundo, comprobando el desastre. Desde entonces la nave de Shálin estaba controlada y dada la orden de apresarla por encima de todo.

—De haberlo sabido, me hubiera evitado sufrimientos.

—Lo comprendo. Prosigue.

—El comandante, absorto en la observación, no se dio cuenta de nada hasta que le invitaron a la rendición por radio. Entonces, el pavor se apoderó de él, quiso huir y...

Fue relatando las incidencias hasta que tomaron tierra.

Con todo lo que estuvo escuchando, a Walter se le descifraron todos los enigmas y comprendió a la perfección, por qué aquel camuflaje desapareció en un abrir y cerrar de ojos, así como la seguridad de que aquellos seres eran enemigos de Shálin y representantes del orden y la justicia.

Sárver, luego de un breve silencio, manifestó:

—Pues sí, Shálin está en lo cierto. Preparamos el golpe final en

una operación conjunta, con las fundidoras de roca y ataque masivo por el espacio. Esta vez será su definitiva destrucción y la de quienes le han seguido.

Walter, inmediatamente, pensó en sus hombres, en Tahala, en aquellos prisioneros desesperados y quizá en otros que no compartieran las ideas de Shálin.

No consideraba justo el exponerles a un peligro inminente, por lo que preguntó Walter:

—El llevar a efecto esa operación conjunta, ¿se realizará inmediatamente?

Sárver y Tehedo se miraron entre sí, y fue el primero quien respondió:

—¡Oh, no, capitán! Eso requiere su tiempo. Las fundidoras de roca son máquinas que no avanzan con la misma rapidez que se surca el espacio.

—Otra pregunta. ¿Cómo efectuarán el ataque?

—Simultáneamente por cuatro galerías, que se perforarán, y por el espacio. La destrucción será masiva,

—Concretamente, esto último es lo que quería saber.

—¿Por qué razón?

—Por razones de mucho peso.

—¿Nos las puedes decir?

—Naturalmente. Mis hombres están en poder de Shálin, en sus dominios, y no puedo dejarlos abandonados a una suerte incierta, al igual que nuestra astronave «Celes». Por otra parte, no sé si sabréis que retiene muchos prisioneros, quienes serán también víctimas inocentes.

—¿Y qué solución ves al caso, capitán?

—Volver a los dominios de Shálin con la nave que habéis apresado.

Los dos hombres se quedaron asombrados ante lo que terminaba de manifestar Walter.

—Pero..., pero eso es un suicidio, capitán.

—No lo considero de este modo, Sárver.

—Sí, es una temeridad, capitán River.

—De ninguna de las maneras, Tehedo.

—¿Podrás explicarnos tus planes?

—Mi intención es la de acelerar los acontecimientos y evitar, con ello, derramamientos inútiles de sangre.

—Pero, ¿cómo?

—Volviendo allí para rescatar a mi gente, a los mismos prisioneros y capturar a Shálin.

Le miraron de una forma rara, que Walter captó al instante.

—No me miréis como si estuviera loco. Es una empresa difícil, pero realizable.

—Perdona, capitán. Aun en el supuesto de que vayas, ¿cómo saldrás de allí, estando sometidos los sistemas de control con un mecanismo desconocido?

—No tan desconocido, Tehedo. El mecanismo está sometido a una determinada frecuencia.

—¿Cómo lo sabes?

—No he dejado de fijarme en todo, desde que puse los pies en la nave de Shálin.

—Bien, supongamos que estás en lo cierto. ¿Cómo averiguas la frecuencia?

—Para ello tengo la esperanza, casi la seguridad, de conseguirlo por mediación de una joven.

—¿De una joven...?

—Sí, eso he dicho.

—¿Y luego?

—Con la colaboración tuya, la de mis hombres, los que logre reclutar y los prisioneros, haremos lo demás.

—¿Y cómo nos presentamos ante Shálin?

—He pensado en ello. ¿Sería posible, puesto que los conoces mejor, inclinar hacia tu causa a los ocho hombres que iban con nosotros?

Tehedo quedó un momento pensativo, para luego contestar a la pregunta de Walter:

—Es posible, pero no me merece una garantía plena.

—En ese caso, no nos queda otro remedio más que simular una evasión, en la que ellos queden convencidos de su autenticidad y de este modo eliminar una posible traición.

—Pero se da la circunstancia de que yo les conminé a que se rindieran y si no hacían nada, respondía de sus vidas.

—Pues ya tienes un excelente punto de partida. Les dices que no están dispuestos a respetar sus vidas, y tú, fiel a la promesa que les hiciste, con mi cooperación, hemos decidido volver con Shálin.

—Y lo del comandante, ¿cómo lo arreglamos?

—Según has dicho, la puerta estaba cerrada y únicamente estabais los dos en la cabina de mando. ¿No es eso?

—Sí.

—Pues se puede explicar que fue abatido por el «enemigo», antes de hacernos prisioneros.

Sárver quedó maravillado de la audacia de Walter River.

El capitán tomó de nuevo la palabra:

—Yo creo que éste será el medio más eficaz, puesto que adelantaremos un tiempo precioso y evitaremos inútiles sacrificios humanos.

—Creo que es muy acertada la proposición del capitán River. ¿Estás dispuesto a secundarle, Tehedo?

—Sí, Sárver.

—Muy bien. Daré las órdenes oportunas para que os dejen marchar, si bien simularemos que nos oponemos para revestir la fuga de cierta realidad para no suscitar sospechas entre la tripulación.

Walter se mostró muy satisfecho por aquella sugerencia y así lo manifestó:

—Muy bien pensado, Sárver. Todas las precauciones que se adopten serán pocas.

—Pues vamos a poner en práctica el plan que has expuesto, capitán. Mientras tanto, nuestro proyecto seguirá su marcha, por si vosotros fracasáis en la empresa.

—Tendremos que poner los cinco sentidos en ella, puesto que será cuestión de vida o muerte, y no hay que decir cuál es la elección preferente.

—Dices bien, capitán. Que la suerte os acompañe.

Luego, dirigiéndose a Tehedo, le comunicó:

—Dispones de tiempo para ir a visitar a tus padres. Les saludas en mi nombre.

—Gracias, Sárver.

—Mientras, el capitán se quedará conmigo, e iremos perfilando el plan de «fuga». ¿Te parece bien, capitán River?

—Encantado, Sárver.

Y sin más, Tehedo se despidió de ambos, con la promesa de regresar cuanto antes.

CAPITULO XI

El padre de Tehedo era un alto dignatario del planeta Chenemod. De ahí que el oficial fuera tan conocido, tanto por el prestigio de su padre, como por la bondad de su madre, aparte de que él mismo era admirado por sus propios méritos.

Como es natural, se llevaron una gran alegría, desarrollándose escenas conmovedoras. Cuando se calmaron, les relató toda su odisea.

Tehedo, fiel a su promesa, acortó el momento de despedirse de sus padres para emprender aquella incierta empresa.

Les resultó penoso separarse de nuevo de aquel hijo que ya daban por perdido para siempre, pero comprendieron que el deber se

anteponía a los sentimientos.

Durante su ausencia, Sárver concedió toda clase de facilidades al capitán River para el mejor éxito de aquella misión.

Lo primero que dispuso Walter fue indicar a los que custodiaban a la tripulación de Shálin que, sin extralimitarse, los trataran duramente, e incluso les amenazaran con darles muerte.

De este modo, la psicosis del miedo se establecería entre los tripulantes y esto facilitaría la labor de Tehedo, cuando fuera a hablar con ellos.

En efecto, fue una medida muy acertada de Walter, puesto que, cuando se presentó Tehedo en el pabellón, vigilado por varios centinelas, la alarma cundía entre ellos.

—Oficial, dijiste que respondías de nuestras vidas.

—Sí, eso dije.

—Es que nos tratan de mala manera, incluso dicen que nos van a matar...

—Al principio nos atendieron muy bien, pero ahora...

De esta forma, cada uno fue exponiéndole sus temores y cuando terminaron, sólo les faltaron las palabras del oficial para que la alarma se acentuara.

—Siento lo que está ocurriendo. No quería decirlo, pero la situación se está poniendo muy fea.

—¿Y qué puede pasar?

—Que nos juzguen a todos por rebeldía, incluyendo al capitán terrícola. Y la sentencia... ya la podéis imaginar.

El pavor se plasmó en los rostros de aquellos hombres, por lo que Tehedo prosiguió para sacar mayor efecto del momento:

—Yo voy a tratar de que nos den seguridad en nuestras vidas, pero dudo de que pueda alcanzar algo, puesto que ya he tenido varios altercados y a duras penas he conseguido autorización para visitaros y advertiros de la situación.

—Pero tú nos dijiste...

—Sí, y sigo manteniendo mi palabra; estoy haciendo los posibles

para salvar vuestras vidas y las nuestras.

Hizo una pausa para que fueran asimilando mejor sus palabras, y luego continuó:

—El capitán terrícola y yo hemos proyectado un plan de fuga, en caso de no conseguir nada en limpio.

—¿Quieres decir que volveremos todos con Shálin?

—Así será, de salimos bien las cosas. Sé que, de un momento a otro, todas las naves que hay en el astródromo tienen que salir para efectuar una misión. Pues bien, de no alcanzar algo concreto, entonces será cuando aprovecharemos para fugarnos, sin temor a que nos intercepten el camino.

A una señal convenida entre el oficial y un centinela, éste último advirtió:

—¡Eh, oficial! Basta ya de charla con esos perros. Tu tiempo ha terminado.

Tehedo esbozó un gesto de contrariedad y, precipitadamente, les advirtió:

—Estad todos alerta para cuando vengamos. ¿Entendido?

Aquellos hombres, más blancos que la cal, asintieron al unísono.

El oficial, componiendo una expresión de pena, dejó caer:

—Lo que más siento es que nuestro comandante no nos podrá acompañar, por haber caído frente al enemigo, cuando fuimos atacados en la cabina de mando.

Luego, Tehedo abandonó aquel pabellón para reunirse con Sárver y Walter River.

—¿Cómo ha reaccionado la tripulación?

—Están con un pánico que no viven, capitán. La trama está en marcha y por buen camino.

—Siento hacerles pasar por ello, pero están en juego muchas vidas.

Sárver le miró y complacido, le dijo:

—Tus palabras ponen de manifiesto tu buen corazón, capitán.

—Lamento tener que jugar con los sentimientos de los demás.

—Pero los fines que persigues justifican el juego.

—Eso es lo que me consuela, Sárver.

Después de estas palabras, se dedicaron a ultimar detalles.

De acuerdo con lo planeado, al oscurecer, salieron al espacio las naves que ocupaban el astródomo.

Pasado un buen rato, dos hombres caminaban furtivamente por la oscuridad, evitando encuentros. Eran Walter y Tehedo.

Combinaron que el relevo de la guardia durara más de lo conveniente, y se descuidara la vigilancia en uno de los accesos al pabellón.

Por ese acceso, cautelosamente, hicieron su aparición los dos hombres, quienes, llevando el dedo perpendicular ante los labios, indicaban que guardaran absoluto silencio. Luego, el capitán hizo una seña a la tripulación para que les siguieran.

Salieron todos del pabellón. Los ocho hombres tenían el corazón encogido, deseando fervientemente que todo saliera bien.

Comprendieron que la visita del capitán y del oficial era debido a que no se había conseguido nada y, por lo tanto, peligraban sus vidas.

Ya sólo les quedaba un corto trecho para alcanzar la nave, cuando se originó un gran revuelo, que procedía del pabellón donde había sido confinada la tripulación.

Acto seguido, sonó la alarma, unos reflectores se encendieron, y sus haces recorrían la explanada.

Los hombres de la tripulación quedaron paralizados de pánico.

Sonaron unas cuantas descargas, y Walter les tuvo que gritar, incluso zarandear al que tenía más próximo:

—¡Vamos, corred hacia la nave! Si nos quedamos aquí, nuestras probabilidades serán nulas.

Los hombres volaron más bien que corrieron, en tanto las descargas se producían con más profusión.

En tropel, ascendieron por la rampa de acceso, siguiendo al oficial Tehedo y en último lugar lo hizo el capitán River.

Ya todos a bordo, éste ordenó que retiraran la rampa en tanto el oficial accionó los cohetes ascendentes.

A través de las escotillas todavía alcanzaron a ver cómo se aproximaban unos cuantos hombres armados y que disparaban frenéticamente sus armas personales, y varios vehículos blindados, a gran velocidad, dirigiéndose al lugar que ocupaba la nave momentos antes.

Pero, naturalmente, llegaron tarde.

La tensión en aquellos hombres no había concluido.

Sólo levantar el vuelo, comenzaron a entrar en acción las defensas del astródromo, cuyas explosiones repercutían en la nave, y temieron que, de un momento a otro, les alcanzaran.

Fueron adquiriendo altura, y las explosiones se espaciaban hasta que dejaron de oírse.

Sólo entonces la tripulación reaccionó, y estalló en gritos de alegría, vitoreando al capitán y al oficial.

Estos intercambiaron una mirada, riéndose del pavor que habían pasado aquellos hombres, y congratulándose de que la comedia resultara perfecta.

El capitán había tomado el mando de la nave, auxiliado por el oficial Tehedo.

Walter comunicó a la tripulación:

—Y ahora, con toda tranquilidad, a reunimos con Shálin.

Los vítores se repitieron, y aquellos hombres admiraron sinceramente al capitán terrícola y al oficial.

Para ellos representaba volver a la libertad, a su ambiente; mas para aquellos dos hombres era meterse de lleno en un riesgo en el que desconocían por completo qué final iba a tener y cómo saldrían de aquella empresa audaz que había propuesto Walter, arrastrando en ella al oficial Tehedo.

* * *

Estando ya en los dominios de Shálin, Walter consideró conveniente ponerse en comunicación con éste.

Su mente no paraba. Tenía cierta esperanza con Tahala, pero esto no le bastaba; quería basarse en algo sólido, alcanzar la seguridad plena en saber el sistema empleado para salir y entrar en aquel vasto recinto.

Por eso urdió establecer comunicación y, si le salía bien su estratagema, ya tendría mucho adelantado.

—Astronave a Shálin, astronave a Shálin...

Permaneció a la escucha y, a poco, contestaron:

—Identificación.

—Capitán Walter River.

—¿Cómo no llama el comandante?

—El comandante ha sucumbido en acto de servicio.

—¿Cómo habéis tardado tanto?

—Fuimos capturados. Informaremos.

—¿Qué nave tripuláis?

—La tuya.

Un silencio, para luego preguntar:

—¿Me puedes decir las siglas?

Walter las sabía de memoria, pero simuló que las ignoraba, puesto que en ello cifraba su remota esperanza en lo que había tramado.

Le contestó:

—Pues..., no sé... La verdad es que no lo recuerdo...

Otro silencio, para luego oírse de nuevo la voz de Shálin:

—¿Dónde estáis situados?

—En zona de entrada, si no he calculado mal.

—Pues ahora sabré si me dices la verdad; de lo contrario, os destruiré, aunque con ello tenga que perder una nave que tanta falta me hace.

Era evidente que la desconfianza había hecho mella en él, y a

Walter se le aceleró el pulso de contento, por considerar que esa desconfianza sería su mejor aliada para los fines que perseguía.

En tanto, Tehedo no salía de su asombro ante el comportamiento del capitán River, y estuvo a punto de intervenir, mas Walter le indicó que se callara.

—Estoy a la escucha, Shálin.

—Sigue mis instrucciones y, caso de fallar, firmas tu sentencia, de los que llevas a bordo y la de tu tripulación.

—No veo la razón de desconfiar...

—Limítate a lo que te he dicho.

—De acuerdo.

—Acciona el selector rojo que está a tu derecha. Colócalo en posición gama.

Dándole un codazo a Tehedo para que prestara toda su atención, preguntó:

—¿En qué posición?

—He dicho gama.

—De acuerdo. Ya está.

—Ahora, desciende verticalmente, con suavidad.

Encima del selector había un registro de frecuencias, y Walter se lo señaló a Tehedo.

Este, entonces, cayó en la cuenta de la maniobra del capitán, y quedó admirado de su inteligencia y astucia.

Ambos fijaron la numeración.

Walter comunicó:

—Así lo estoy haciendo.

Comprobaron que, a medida que iban bajando, aquellos inmensos gajos se iban abriendo, dejando el espacio suficiente para albergar la mole de la astronave.

La voz de Shálin se oyó de nuevo:

—La primera prueba ha salido bien. Veamos la segunda.

—Como gustes.

Manifestó Walter, casi divertido al comprobar lo incauto que era aquel ser.

—Pon a cero el selector rojo. A tu izquierda hay otro selector de las mismas características, pero en color verde. Acciónalo en posición épsilon.

Hizo lo que le indicó, y en otro registro de frecuencias, quedó determinada la numeración correspondiente, y que Tehedo también trató de prefijar.

Inmediatamente, los gajos se fueron cerrando y notaron que algo se ponía en contacto con la base de la nave.

Las instrucciones siguieron:

—En cuanto se cierre por completo el obturador de salida, para los motores, enciende los focos para comprobar la situación correcta de la nave sobre los puntos señalados en la plataforma. Si está bien, apaga y enciende dos veces consecutivas los focos, y llegaréis a la sala de recepción. Caso de no estar en posición adecuada, haces la corrección, valiéndote de los cohetes laterales. ¿Entendido o repito?

—Comprendido.

—Pues adelante.

Siguió al pie de la letra cuanto se le había indicado y, siendo la situación de la nave la adecuada, comenzaron a descender.

En la sala de recepción estaba Shálin, con varios de sus hombres armados. La desconfianza era el factor dominante en él.

A Walter le extrañó un poco que no se hallara allí ninguno de sus hombres.

Descendieron de la nave. Los tripulantes estaban gozosos, y Shálin se aproximó a Walter y Tehedo, manifestando:

—En principio, os felicito. Luego de vuestros informes, veré si lo confirmo o tendré que lamentarlo, y sufriréis las consecuencias.

CAPITULO XII

No les concedió ni un momento de asueto. Shálin se los llevó con él para que le informaran.

Walter River preguntó:

—¿Y mi tripulación?

—Está bien.

La contestación escueta de Shálin le llamó la atención y, sospechando que sucedía algo raro, manifestó:

—Quisiera verles un momento.

—Ahora, no puedes.

—¿Por qué?

Shálin le miró, furioso, y le contestó:

—Están con los prisioneros de la otra parte del río, por oponerse a mis órdenes y no dejar entrar en tu nave a mis hombres.

Walter y Tehedo se miraron. Aquello iba a ser un trastorno para sus planes.

El capitán decidió jugárselo todo a una sola carta, por lo que, muy digno, expuso:

—Mis hombres no han hecho más que cumplir lo que les dije. Con tu torpeza, habrás atrasado los trabajos y, siendo yo el único responsable, te ruego que me lleves con ellos.

—Ya irás, ya irás... Pero, antes, me has de informar.

—Me niego de plano, mientras mi tripulación esté apresada.

—Luego de tus informes, serán libertados.

—Lo siento, tiene que ser ahora mismo. Yo he cumplido mi parte, con ayuda del oficial, de sacar a tus hombres de un apuro, y devolvértelos junto con la nave. Ahora, cumple la tuya, en justa correspondencia a la mía.

Shálin comprendió que serían inútiles las promesas, debido a la firmeza del capitán. Consideró que, de todos modos, les podía encerrar

de nuevo cuando quisiera y, por el momento, lo que más le importaba era Cuanto pudiera decirle Walter, ya que el oficial no le merecía confianza, habiendo militado en el bando contrario.

—Está bien. Voy a dar la orden.

—No me basta que des la orden. Tengo que verles.

—Los verás.

Shálin cursó la orden y, en una enorme pantalla, pudieron ver el capitán y Tehedo, cómo los guardianes se dirigían hacia la galería que lindaba con la sima del río subterráneo.

Walter miraba a la pantalla, pero no perdía ni un solo movimiento de Shálin, y comprobó que presionaba un determinado pulsador.

Los guardias se introdujeron en aquel nefasto pasillo, erizado de lanzas ocultas que se entrecruzaban. Naturalmente, éstas no salieron disparadas, por lo que dedujo que aquel pulsador bloqueaba el demoníaco sistema.

El que mandaba la guardia, al llegar a medio pasillo, accionó una palanca y el puente levadizo fue descendiendo hasta establecer contacto con la orilla opuesta.

Allí había un espacio en semicírculo, completamente enrejado, y en el centro, una puerta.

Tras las rejas se agolparon rostros demacrados, con vestimentas deterioradas, tanto en las mujeres como en los hombres. Se les veía vociferar, amenazar, sin saber lo que decían, puesto que no había sonido.

Abrieron la puerta y, uno a uno, fueron apareciendo sus hombres, librando los guardianes una verdadera batalla con los demás prisioneros, que pretendían salir, a los que trataban sin consideración alguna y sin distinción de sexo.

Los guardias, con su tripulación, hicieron el recorrido a la inversa y, tras un espacio muerto, la pantalla se iluminó de nuevo.

Su tripulación ocupaba el alojamiento que les destinaron desde el principio. Mostraban el rostro un tanto deprimido, seguramente impresionados por aquel confinamiento.

Shálin se dirigió a Walter:

—Puedes hablarles, y te podrán ver.

El aludido reprimió su emoción y dijo:

—Muchachos, compruebo que no os ha ido muy bien, durante mi ausencia.

La expresión de sus hombres fue todo un poema. De la depresión, fueron pasando a la incredulidad, a la emoción y a una alegría desbordante. Todos hablaban a la vez, y no se les entendía.

Walter cortó aquella algarabía:

—Bueno, basta ya. Ahora sabéis que he vuelto. Más tarde, me reuniré con vosotros.

—Le esperamos, capitán. ¿Tardará mucho?

—En cuanto haya informado del resultado de la misión, Jerry. Un abrazo a todos, y hasta luego.

Shálin desconectó el circuito y preguntó:

—¿Satisfecho, capitán?

—De acuerdo. Podemos empezar.

Walter River le fue relatando cuanto había ocurrido, ciñéndose a la verdad hasta que llegó al plan de fuga, que, como es natural, silenció.

Tampoco le ocultó:

—La verdad es que estabas en lo cierto. Los «enemigos» preparan un golpe de gran envergadura.

—Ya me lo temía. Pero ahora sabrán quién es Shálin. Con la ayuda de tu nave, capitán, los destruiremos, y serás recompensado por tus servicios. Oficial, tú ocuparás el puesto del comandante caído, y te concedo la misma graduación.

La euforia se había apoderado de Shálin, quien preguntó:

—Capitán. ¿Cuándo podremos contar con tu nave?

—Con este atraso, ignoro cómo van los trabajos.

—Bien, preocúpate de que estén terminados cuanto antes. Mientras tanto, el nuevo comandante y tú estaréis en continuo contacto para planear la acción. Yo decidiré el momento. Y ahora, os

podéis retirar.

Así lo hicieron y, ya fuera de la presencia de Shálin, intercambiaron una mirada de satisfacción por el resultado de sus planes. Por el momento, Shálin había tragado el anzuelo.

Antes de despedirse, quedaron de acuerdo en reunirse, y Walter le manifestó:

—Mis felicitaciones por el ascenso, comandante.

A lo que Tehedo repuso:

—Mi felicitación por el resultado de la misión.

—Eso nos corresponde a partes iguales, comandante.

No dijeron más, por si eran escuchados, pero ambos sabían a qué se referían.

* * *

El encuentro con sus hombres fue motivo de gran alegría, pasado el cual, Walter preguntó:

—¿Cómo va la puesta a punto de la «Celes»?

—Capitán, siento el retraso que se ha originado, pero yo sólo me limité a cumplir sus órdenes.

—Eso ya lo he aclarado con Shálin, Jerry. Ahora, a trabajar a marchas forzadas. Vamos a entrar en acción para desentumecer vuestros músculos, gandules.

Todos sabían que allí en el alojamiento no podían hablar libremente, por lo que se fueron a la «Celes» y, luego de comprobar que no existía micrófono oculto, se explayaron a su gusto.

—Allí viven como animales, capitán. Fuimos bien acogidos.

—En eso tiene razón Jerry. Hasta me parece que ha hallado un amor extraplanetario, que ha eclipsado a su Lucy...

—Mira que eres chivato, Charles... Pues todos vosotros podéis hablar, que con las miradas lánguidas que dirigíais a vuestras respectivas, se respiraba una pegajosidad que daba asco.

—Ahí te pica, el que los demás tengan sus particulares éxitos entre las féminas.

—¡Cállate ya, Paul! ¡Anda y ve a remendar la vestimenta de tu piojosa astral.

—¿Piojosa, dices...? Le da cien vueltas a tu ex Lucy.

—Eso lo hará su planeta.

Tony permanecía callado, lo que llamó la atención a Walter.

—Y tú, Tony. ¿No tienes novedad que contarme?

Fue Jerry quien aclaró:

—Ha tenido su primer amor frustrado. Rechazado por bebé.

—Un día te voy a romper las narices, Jerry.

—Para ello, antes tendrás que quitarte los mocos, Tony.

Cuando cesaron las bromas, Walter les puso al corriente de cuanto había sucedido, de lo que había descubierto y del plan que había urdido con Tehedo para apresar a Shálin y fugarse.

Quedaron gratamente sorprendidos.

—Así que a ultimar las cosas. Yo me voy a hacer una visita.

* * *

No tuvo que esperar mucho tiempo en el alojamiento de Tahala.

Esta apareció con su belleza más radiante que nunca, y el corazón del capitán comenzó a latir desenfrenadamente.

Tahala mostró una de sus encantadoras sonrisas, a tiempo que decía:

—¡Vaya...! Por fin el capitán terrícola se ha dignado hacerme una visita...

Walter no supo si interpretar aquellas palabras como una ironía o más bien un reproche.

No quiso analizar, únicamente se dejó llevar por lo que le dictaba el corazón y fue aproximarse a ella y abrazarla con frenesí, satisfacer la sed que sentía de aquellos labios enloquecedores, tenerla junto a él...

La sorpresa que se llevó el capitán fue mayúscula, debido a que la magnífica joven correspondía plenamente a sus caricias.

Casi gritó:

—¡Tahala, querida mía...! ¿Es verdad lo que estoy comprobando...?

La muchacha se ruborizó un poco, y escondió su bello rostro en el pecho de Walter para contestar, susurrante:

—Es verdad...

—Pero, Tahala... ¿Cómo ha sido esto?

—No sé si se ha despertado en mí eso que dijiste se llama amor. De lo que estoy segura es lo que he sufrido mucho hasta conocer tu regreso y, al mismo tiempo, pena de que hayas vuelto.

—Existe una tremenda contradicción en tus palabras, querida.

—No lo creas. Por una parte, soy una ex prisionera y por otra, tú colaboras con Shálin.

—Pero, ¿qué dices, criatura? ¿Acaso tú no haces igual con quien manda aquí?

Walter esperó, impaciente, la respuesta de Tahala. De ella dependían muchas cosas, representando una solución inmediata a lo que tenían planeado o el descartar, de una vez, el apoyo de la joven.

Los segundos que transcurrieron le parecieron siglos y, al fin, contestó:

—Te voy a confesar algo que quizá me cueste la vida. Pero ya estoy cansada de estar sola, de luchar, de ocultar mi origen, y esfumada ya toda esperanza de volver con los míos...

La tensión de Walter estaba al rojo vivo, esperando que Tahala continuara:

—Hace mucho tiempo partí de un astródomo de los legítimos representantes de Chenemod hacia otro planeta. La nave en la que iba fue atacada por una de Shálin y apresada. Los componentes de la tripulación fueron sacrificados, y yo, confinada a la otra parte del río subterráneo...

Hizo una pausa para cobrar aliento:

—Fue horrorosa la época que permanecí allí. Periódicamente, Shálin ofrecía cierta libertad a quienes se inclinaran a colaborar con su causa... Me presté a ello, pero no por simpatía hacia él, sino con la

intención de poder mitigar un poco las condiciones infrahumanas de aquellos infelices con quienes vivía.

—¿Y lo conseguiste?

—Con creces. Tengo muchos amigos entre las huestes de Shálin, y voy a la otra parte del río siempre que quiero.

—¿Sí...? ¿Y cómo lo haces?

—Conozco el medio de anular el sistema de seguridad...

A Walter todo aquello le pareció fantástico si le decía la verdad, y quiso asegurarse, al preguntar:

—Y tú... ¿Quién eres, Tahala?

La muchacha contestó con firmeza y marcado orgullo:

—Soy hija de Sárver, jefe de los auténticos gobernantes de Chenemod.

Walter se quedó de piedra, y su corazón le dio un vuelco. Quiso asegurarse más, e inquirió:

—¿Podrías darme una prueba de ello?

—Comprendo tu desconfianza. Yo, en tu lugar, haría igual. No te muevas de aquí, voy en busca de Tehedo y, delante de él, pronuncia mi nombre. Le haré venir, con el pretexto de que tú le llamas.

Y sin dar lugar a que se justificara Walter, desapareció para volver a poco con el nuevo comandante.

—¿Me has llamado, capitán River?

—Sí, Tehedo. Fíjate bien lo que te voy a preguntar. ¿Te dice algo el nombre de Tahala?

Tehedo se volvió bruscamente hacia la joven, verdaderamente asombrado, para exclamar, lleno de alegría:

—¡Tahala, mi amiguita de la infancia...!

Se estrecharon ambas manos, emocionados. Luego, aclaró a Walter:

—Es hija, nada menos, que de Sárver... ¡Y ellos, que te habían dado por desaparecida...! ¿Y cómo no me lo dijiste antes? Verdaderamente, estás desconocida y muy bella.

Tahala, con las lágrimas a punto de saltarle por la emoción del momento, contestó:

—Para no comprometerte.

Walter, pasando el brazo por los hombros de la joven, la atrajo hacia él, la besó en los labios y luego manifestó a Tehedo:

—Te presento a la joven de quien hablé delante de Sárver y... a mi futura esposa.

Tahala quedó gratamente sorprendida por la vehemencia de Walter, y Tehedo, muy complacido, porque formaban una pareja ideal.

Walter, divertido, manifestó:

—Y yo que desconfiaba de ti, Tahala...

—Lo mismo me sucedió a mí en principio, Walter...

Por primera vez pronunciaba su nombre de un modo especial, y le supo a gloria.

Luego la pusieron en antecedentes de sus intenciones, y la misión que le habían asignado a ella.

Tahala se mostró entusiasmada ante la esperanza de volver con los suyos, y destruir a aquel usurpador...

CAPITULO XIII

Las entrevistas entre Walter y Tehedo fueron frecuentes y sin despertar sospechas, puesto que el mismo Shálin, inconscientemente, facilitaba sus planes.

Furtivamente, de vez en cuando, se reunían también con Tahala, que, entre otras cosas, era la encargada de prevenir a los prisioneros y reclutar a los descontentos de Shálin, que le merecieran plena garantía.

Walter y su tripulación, con el pretexto de pertrechar la «Celes», reunieron todo el armamento que les fue posible.

Tehedo, por su parte, como instructor, y previo informe de Tahala y asesoramiento de Walter, iba adiestrando a hombres enemigos de Shálin para formar la tripulación de la nave que él iba a mandar.

Estando los tres reunidos clandestinamente en el alojamiento de la joven, Walter le dijo:

—Querida, con ayuda de tus hombres de confianza, aprovisiona a los presos, de armas; así se podrán defender, en caso de que la cosa vaya mal.

—Así lo haré, Walter.

—Adviérteles que de su prudencia dependen sus vidas y las de todos los que estamos metidos, en esta conjura. ¿Entendido?

—Perfectamente.

—Tehedo, ¿cómo sigue tu trabajo?

—A la perfección, capitán. La tripulación está lista.

—Tengo la impresión de que hay un cabo suelto, que no casa con el relato que le dimos a Shálin... Veamos, recordemos...

Fueron repitiendo lo que cada uno manifestó y, al llegar Tehedo a la muerte del comandante, Walter exclamó:

—¡Ya he hallado lo que buscaba...!

Tehedo y la joven se le quedaron mirando, sin comprender.

Walter aclaró:

—Si le has dicho a Shálin, y yo confirmé, por lo que oí, que el comandante falleció al ser atacados antes de tomar tierra, ¿cómo se puede justificar esto, sin que existan huellas en el fuselaje de la nave?

Entonces Tehedo cayó en la cuenta.

—¡Claro! Tienes razón...

—Manda inmediatamente a los mecánicos adictos que superpongan unas planchas en donde calcules que se originaron los orificios. No tenemos tiempo que perder, y espero que nos acompañe la suerte, y Shálin no se empeñe en hacerlas levantar.

La reunión se disolvió, y cada uno se dedicó a su cometido, quedando para el día siguiente.

Antes de la hora convenida, Walter y Tehedo fueron requeridos por Shálin.

Ya ante su presencia, les hizo tomar asiento y preguntó:

—¿Cómo van vuestros trabajos?

—Lo tenemos todo a punto.

—Bien, permaneced en vuestros puestos. Yo avisaré el momento.

Se fueron a sus respectivas naves. A poco, por mediación de un enlace adicto, Walter recibió una nota de Tahala:

> «Walter, Shálin ha interrogado a la tripulación que iba con vosotros. Sospecha algo. Quiere inspeccionar su nave. Ha mandado cambiar las frecuencias de salida, y las actuales son las que anoto al final. Yo todo lo tengo listo. Si lo consideras necesario, haces la señal convenida, que yo misma o un enlace la verá, y entraremos en acción.
>
> »He pasado aviso a Tehedo. Cuídate mucho.
>
> Te quiero.
>
> *»Tahala.»*

En efecto, al final de la nota estaban las frecuencias, que comunicó a Jerry:

—Tenias bien presentes, y ahora, todos preparados.

No tardaron mucho en oír gran revuelo en la gran sala contigua, ocupada por la nave de Shálin.

Walter había dispuesto que Tehedo y él mantuvieran comunicación directa y permanente, mientras estuvieran en sus respectivas astronaves, por lo que pudo escuchar la voz airada de Shálin:

—Comandante… ¿Me puedes enseñar los impactos que ocasionaron la muerte a tu antecesor y tu herida?

—Sí, Shálin. Ahí los tienes.

Una pausa llena de tensión, hasta que se oyó ordenar a Shálin:

—¡Eh, vosotros! Levantad esos pegotes.

Walter no esperó más. Salió a la rampa de acceso, con la mano izquierda puesta sobre el corazón.

Era la señal convenida.

Luego, les dijo a sus hombres:

—Tomad las armas y seguidme.

Así lo hicieron, y fueron a tomar posiciones, desde donde podían dominar la sala contigua.

A poco, fueron apareciendo más hombres que, invariablemente, llevaban la mano izquierda sobre el corazón para identificarse.

Walter los fue distribuyendo convenientemente, y esperó acontecimientos.

Estos no tardaron. La furiosa voz de Shálin llegaba a ellos:

—¿Me habéis tomado por un imbécil, tú y ese capitán...? ¡Ya decía yo que todo había resultado muy fácil! ¡Pero ahora sabréis lo que es bueno, perros traidores...!

Shálin salió de la nave, llevando encañonado a Tehedo, que se mostraba impasible.

—¿Sabes lo que hubiera sido de ti, vulgar asesino, de originarse un boquete en la cabina? Hubieras sido succionado como una lombriz, cretino.

Le dio un tremendo empujón, que casi hizo rodar a Tehedo por la rampa.

Shálin estaba lívido de rabia, gesticulaba como un poseído.

—Os habéis pasado de listos, tú y ese capitán... ¡Confiesa, traidor! ¿Has matado tú al comandante?

Tehedo, con pasmosa serenidad, contestó:

—Únicamente me defendí de su ataque por la espalda.

—Pues ahora seré yo quien vengue la muerte del comandante, y

luego me encargaré de ese capitán... Por cierto, supisteis silenciar que fue detenido el terrícola, y sentenciado a muerte, teniendo que ser tú el ejecutor...

—El único delito que cometió el capitán fue protestar ante la matanza de unos seres indefensos.

—Pero enemigos como vosotros, perros sarnosos. ¡Ponedle contra la pared...! —ordenó, iracundo, y dos guardias de Shálin cogieron al oficial, cada uno de un brazo, para colocarlo en aquel lugar.

Walter consideró el momento de intervenir.

Se situó en medio del acceso que daba a la gran sala donde se desarrollaban los acontecimientos, respaldado por su tripulación y gran número de seguidores disconformes con Shálin.

Le gritó:

—¡Shálin...! Yo, de ti, no cometería un desatino más. Ha llegado el momento de poner fin a tus bravatas.

El aludido se revolvió como fiera enjaulada hacia Walter, gritando a su vez:

¡Guardias, apresadle y ponedle junto al otro...!

De su guardia personal sólo se movieron cuatro hombres.

Con enérgica voz, Walter ordenó:

—¡Alto! No deis un paso más.

Aquellos hombres se pararon en seco, y River habló de nuevo:

—Shálin, mira a tu alrededor. Estás completamente rodeado, tus cabecillas, detenidos; sacrificarás inútilmente a los guardias que todavía te son fieles. De todos ellos sólo se ha movido este reducido número de cuatro. Los demás están con nosotros.

Shálin miró a su alrededor, con expresión feroz, y sólo faltó que en aquellos momentos apareciera la hermosa Tahala al frente de harapientos seres, pero todos armados.

Shálin reflejó un gran terror, y vociferó:

—¡Traidores, traidores...!

Y comenzó a disparar su arma para luego desplomarse en el

suelo.

Walter y sus hombres se impusieron al revuelo. El capitán ordenó:

—Desarmad a los guardias fieles a Shálin, y que nadie dispare.

Walter, Tahala y Tehedo fueron adonde yacía Shálin. Este aún estaba con vida y, entre los estertores de la muerte, todavía gritaba, mientras se desangraba:

—¡Traidores..., traidores...! Pero no saldréis de aquí porque he cambiado los sistemas... Moriréis como lo que sois, ratas inmundas... ¡Ja, ja, ja...!

La carcajada horripilante quedó cortada por una tremenda contorsión y, con ella, se fue el último aliento de su vida.

* * *

El planeta Chenemod estaba en fiesta, celebrando el haber anulado la pesadilla de Shálin, por los desmanes que cometía y el desprestigio que les acarreaba.

Sárver no sabía qué hacer con Walter y su tripulación, después de resolverles aquel problema y haberle devuelto a su hija..., aunque fuera por poco tiempo.

Los prisioneros que retenía Shálin fueron reintegrados a sus respectivos planetas, no sin antes hacer patente su gratitud a Tahala por su abnegación y buen corazón, arriesgándolo todo a costa de su propia vida.

Los hombres de Walter también tuvieron su emocionada despedida con aquellas bellas cautivas, con las que convivieron durante su confinamiento, y que alegraron sus horas.

Tehedo se encontraba satisfecho de estar junto a sus padres, y por el ascenso que le habían concedido, por su relevante comportamiento.

Pero entre aquellos seres, había dos personas con las manos entrelazadas, que se consideraban las más felices del Cosmos.

—Tahala..., jamás sospeché que encontrara tan lejos a una criatura tan deliciosa.

—Y yo, Walter querido, nunca pude pensar que surgiera el amor en un ambiente tan tenebroso y sin ninguna esperanza...

—No recuerdes cosas tristes. Vivamos nuestro amor intensamente, querida.

Y por enésima vez, aquellos labios se fundieron en una entrega total.

F I N